

EN ELABORACIÓN

COMENTARIO DE LA RB A MI COMUNIDAD

Isidoro M^a Anguita

Abad de Sta. M^a de Huerta

PRÓLOGO DE LA RB

El Prólogo de la RB es una bellísima catequesis sobre la vocación del monje y su camino espiritual, indicándonos la clave de lectura para entender el resto de la Regla. Nos invita a adentrarnos en el lenguaje sapiencial de la Sagrada Escritura. Nos habla de la exhortación que hace un padre a su hijo, de la enseñanza de un buen maestro que exhorta con vehemencia a elegir bien entre los dos caminos de la vida. Jesús ya nos hablaba de la doble senda: la ancha que nos pierde y la estrecha que nos da vida (cf. Mt 7, 13-14), y es éste un tema clásico y recurrente en la espiritualidad cristiana. La serie de imperativos que encontramos están en la línea sapiencial que amonesta, alienta e invita con amor exigente. El celo del padre y maestro aparece de una forma dramática en el Prólogo, impulsando al discípulo a que tome una decisión que concierne a su destino temporal y eterno. Es la propia felicidad lo que está en juego, por eso San Benito se muestra con un amor exigente, a la vez que lleno de misericordia.

Pero lo que resalta sobre todo es el entusiasmo de la llamada. Hemos recibido, y recibimos cada día, una llamada de Dios que nos impulsa a caminar por el camino de la vida y alcanzar el gozo que se nos tiene reservado. Una llamada que se inserta en la llamada bautismal, y que San Benito la desarrollará comentando los salmos 33 y 14 (siempre cito siguiendo la liturgia = numeración de la Vulgata), tal y como hace la fuente más directa de la RB, que es la Regla del Maestro (RM).

La palabra bautismo viene de un verbo griego que significa “sumergir”. Nuestro bautismo nos recuerda ese camino que hemos de hacer de desnudez e inmersión en nosotros mismos para que resurja aquello que realmente somos dejando lo que no somos pero se nos ha añadido como un molesto lastre. La vida monástica quiere ser una expresión de ese camino espiritual, siendo el monasterio la “escuela” donde llevarlo a cabo.

En el Prólogo de la Regla encontramos tres personajes: Cristo, el anciano que escribe y el joven monje. La misión de este último se orienta a “escuchar” para aprender el camino de la vida. El autor, el venerable maestro que comienza la Regla, desaparece en seguida, para quedar la figura de Cristo como el centro absoluto que debemos contemplar. Si al principio se proclama a Cristo como el verdadero rey y Señor al que debemos servir por la obediencia, el Prólogo concluye animándonos a participar con paciencia en los sufrimientos de Cristo, para poder compartir también con él su reino.

Cristo va a ser el auténtico y único Maestro. Él va enseñando poco a poco el camino de la vida a aquél que desee escuchar su llamada. Se entabla un diálogo muy bello en el que el Señor lleva siempre la iniciativa, a la espera de nuestra respuesta. Nos provoca, nos llama, nos inquieta, en una continua seducción que no obliga, pero que grita con amor paterno para llevarnos a gozar de su reino sin desanimarnos por las asperezas del camino, nada comparables con los frutos que recibe el que escucha su voz.

Se trata de un diálogo muy personal, donde se nos invita no a alcanzar metas teóricas, sino al encuentro con una persona: Jesucristo. Un diálogo hermoso que denota la cercanía esponsal y paterna de Dios. Anima, fortalece, seduce. Esa es la vida monástica. Cuando no tenemos la experiencia de ese diálogo con Cristo, de ese encuentro personal con él, la vida se hace mortecina y costosa, demasiado centrada en uno mismo y, por eso, temerosa ante un futuro incierto. Cristo nos habla en cada momento de nuestra vida y nos va pidiendo respuestas que configuran poco a poco nuestro camino.

Quien escucha la llamada inicial se pone en el camino que intuye. Pero una vez en él podemos sentarnos o seguir caminando. En ambos casos estamos en “nuestro camino”. ¿Pero

de qué me vale estar en mi camino si no lo recorro? Ese camino interior es apasionante porque está en continua construcción. No es un camino hecho sobre el cual vamos, sino un camino que vamos haciendo, pues está en la línea del amor, donde la mutua respuesta de los amantes va configurando el camino mismo. Y si bien es cierto que a veces nos llevan, no es menos cierto que incluso para eso debemos dar una respuesta, debemos consentir que nos lleven, que el Señor “nos vaya haciendo”, camino pasivo de gran actividad.

San Benito se sabe mediación del único Maestro, pero él mismo se sabe también discípulo. Por eso, unas veces se dirige al que lee su Regla con un afectuoso “tú”, mientras que otras él mismo se incluye al usar el pronombre “nosotros”.

Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con gusto la exhortación de un padre bondadoso y ponla en práctica (RB Pról. 1).

“Escucha”. Invitación especialmente apropiada en nuestra época, donde predomina el ruido y las muchas palabras que a veces nos aturden. Como si todo el mundo quisiera ser escuchado, hacer sentirse que existe. ¡Cuánta necesidad de ser escuchados, de ser reconocidos, de ser acogidos! Pero, ¿quién tiene tiempo y ganas para escuchar?

Juan comienza su evangelio diciendo que la “Palabra” de Dios quiso hacerse escuchar, darse a conocer, por lo que acampó entre nosotros, pero no fue recibida “por los suyos”. Nosotros somos los suyos, imagen suya en la que espera reconocerse el modelo. Acampó en medio de nosotros y en cada uno de nosotros, pero no hubo quien la escuchara en el latido de su propio corazón. ¿Dónde está el problema? ¿Dónde radica nuestra incapacidad? ¿No podemos? ¿No tenemos tiempo? ¿No queremos? ¿Nos da miedo? ¿No sabemos? ¿Estamos confundidos con nuestros ruidos?

Lo primero que necesitamos para escuchar es silenciarnos. La experiencia simple del silencio nos permite escuchar los sonidos más tenues. Sonidos sutilmente vibrantes, pero acallados por tantos ruidos exteriores. En el silencio escuchamos nuestro verdadero yo, nos escuchamos. Y también escuchamos esa palabra del Espíritu que nos habla en el silencio de nuestro ser.

“Escucha”. ¿Qué debo escuchar? Escúchate primero a ti mismo. Escucha tu propio ser, tu cuerpo, tus sentimientos, tus sombras, tus anhelos. Aprende a escucharte haciendo el hueco necesario para poder acogerte. El silencio es el vacío que permite acoger. ¿Cómo poder escuchar y acoger a los otros, si primero no hago el hueco necesario para escucharme y acogerme a mí mismo? Tanto más necesitamos ser escuchados por los demás cuanto menos nos escuchamos a nosotros mismos. Tanto más difícil nos resulta escuchar a los demás cuanto menos hemos sido capaces de escucharnos a nosotros mismos. Sin esta escucha personal en el silencio, las palabras de los otros rebotan en nuestros propios ruidos sin ser acogidas. Responderemos sin haber escuchado, es decir, no sabremos acoger.

De ahí la importancia de la escucha y el mandato sereno y acuciante de la Regla de San Benito en su mismo comienzo. “Escucha” es la primera palabra de la Regla. “Escucha, hijo”. El tono de este comienzo es muy revelador. Denota el celo paterno del que habla, el lenguaje sapiencial del libro de los Proverbios: *Hijo mío, haz caso de mis palabras, presta oído a mis consejos...* (4, 20); *Hijo mío, haz caso de mi experiencia, presta oído a mi inteligencia...* (5, 1); *Hijo mío, conserva mis palabras y guarda mis mandatos...* (7, 1). Es el tono de súplica del padre que ama y desea lo mejor para su hijo, pero siempre respetándole como a una persona adulta, sin tenerle por niño. Es un tono que suscita intimidad entre los que hablan. Por eso encontramos frecuentemente frases como éstas en los escritos de otros padres del monacato. Su paternidad

espiritual era muy directa, fijándose en la persona que tienen delante. San Pacomio empieza una de sus catequesis diciendo: “Escucha, hijo mío; sé juicioso, acepta la doctrina, pues hay dos caminos...”. San Jerónimo, en su famosa carta 22 a Eustoquia, se valdrá directamente de la expresión sálmica: “Escucha, hija, mira; inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa paterna, y el rey codiciará tu hermosura”. Pero quizás la expresión más cercana es la de San Basilio: “Escucha, hijo, la amonestación de tu padre e inclina tu oído a mis palabras; préstame de buen grado atención y oye con corazón confiado todo lo que voy a decirte”.

El padre espiritual exhorta al hijo con celo paterno, pero sin paternalismos ni protagonismos. Invita a escuchar al Maestro interior, a escuchar con el oído del corazón, que es el lugar donde reside el Espíritu de Dios. El maestro enseña con autoridad, el padre exhorta con amor. Ambas cosas se dan de la mano en el comienzo de la Regla.

Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con gusto la exhortación de un padre bondadoso y ponla en práctica. En esta primera frase del Prólogo se observa el tono tan entrañable que emplea San Benito. Bien sabe él que la dulzura, el animar y el tocar el corazón es lo que hace cambiar a las personas. Es el Espíritu el que nos hace exclamar: “Abba, Padre”. Cuando revitalizamos el oído del corazón se agudiza el Espíritu que habita en nosotros y empezamos a ver las cosas desde la fe, pasando del mandato que mata a la exhortación que transforma. Si la vida monástica es una relación personal con el Señor – como Jesús tenía con su Padre-, un camino de amistad que nos va transformando, a nadie se le puede llevar por él de la oreja. Igual que Dios busca conquistar a su pueblo, San Benito emplea un tono paternal y de intimidad. Él no está legislando para un ejército ni para la buena marcha de un pueblo. Pero también es cierto que su experiencia y sentido común le llevan a tener en cuenta a aquellos que se han podido dormir o despistar, e incluso que se alejan notoriamente del camino emprendido, y que pueden ser causa de tropiezo o escándalo para el resto de la comunidad. Sólo en estos casos se muestra riguroso, movido igualmente por el amor a la comunidad. Pero a los dóciles y deseosos de responder, los estimula con palabras alentadoras.

Al referirse desde el principio a los preceptos del maestro y a las exhortaciones del padre bondadoso, San Benito se refiere a Cristo, pero también a él mismo. Algunos vieron esta atribución con recelo. Incluso, ya antes, el mismo San Jerónimo se oponía a que alguien se asignase el título de padre o maestro, pues el Señor lo había prohibido: *Vosotros no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo* (Mt 23, 8-9). Pero la verdad es que tanto San Jerónimo como el mismo San Benito dejan pronto estos escrúpulos, conscientes como son de que la paternidad o el magisterio que representan no es suyo, sino que ellos son simples mediaciones del único Padre y Maestro. El mismo motivo que hace sonrojarse al que se ve llamado con atributos que no le son propios, es lo que luego le hace tomar conciencia que no puede apropiarse de lo que representa. De hecho, San Benito se refiere al superior del monasterio como “padre” y “maestro” cuando dice que debe tratar a los monjes con *la severidad de un maestro y el piadoso afecto de un padre* (RB 2,24). Si esto no se tiene claro, las relaciones en el monasterio variarán necesariamente, o bien cayendo en un paternalismo que infantiliza, o en un autoritarismo que provoca temor e induce al cumplimiento sin amor, o en una camaradería que anula el papel espiritual del abad, o en una democratización a ultranza que anula la visión de fe. La paternidad y el magisterio de los que nos habla San Benito exigen madurez por parte del abad y de los hermanos, impulsando a éstos a vivir con amor filial su seguimiento al único Padre y Maestro en la escuela del monasterio. Igualmente, la actitud de principiante dispuesto a aprender, es algo sin lo cual difícilmente se puede prestar oído a la voz del Maestro. Vivir con esa actitud es prueba clara de nuestra sinceridad en la búsqueda de Dios y nuestro deseo de que habite en nosotros y nos transforme.

Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con gusto la exhortación de un padre bondadoso y ponla en práctica, a fin de que por el trabajo de la obediencia retornes a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia (RB Pról. 2).

La razón de abrir el oído del corazón a los preceptos del maestro y a las exhortaciones del padre, la expresa con claridad San Benito: *para que por el trabajo de la obediencia retornes a Aquel de quien te habías apartado por la desidia de la desobediencia*. Es curioso constatar cómo esta alusión a la desidia comienza la Regla y también la termina: *Aunque, para nosotros, perezosos, de mala conducta y negligentes, (los escritos de los santos Padres) son motivo de vergüenza y confusión* (RB 73, 7). Y es que el pecado que encontramos en el origen de la humanidad es el mismo que nos acecha aunque entremos en el monasterio. Fácilmente nos dormimos, fácilmente nos acomodamos y la molicie nos vence, arrastrándonos por el camino de la desobediencia que nos aleja del Evangelio y de su puerta estrecha. Es por eso que la Regla nos remite continuamente al Evangelio, para confrontarnos con él y estimular la fuerza del amor que todos albergamos y que nos pone en la senda del retorno a Aquel de quien nos habíamos separado.

Desde luego que la lógica de San Benito es aplastante: ¿Qué hemos de hacer al habernos apartado de Dios por la desobediencia? Pues está claro, volver a Él por el mismo camino pero en sentido contrario, esto es, el de la obediencia. Es curioso cómo nosotros perdemos cantidad de tiempo analizando las cosas y buscando soluciones para marear la perdiz y no caminar en absoluto. Cuando caemos empezamos a buscar razones de por qué hemos caído, quien ha sido el culpable, si hubiéramos caído o no de haber ido por otro camino, si merece la pena seguir; quizá también busquemos razones de nuestra forma de ser y escarbemos en nuestro pasado o en nuestra infancia, o en nuestras taras de familia, etc.; quizás nos paralicemos balanceándonos en una autocompasión estéril, sintiendo pena de nosotros mismos y justificando nuestras manías por taras del pasado, y todo para no ponernos a caminar. Desde luego que avanzaríamos mucho más si fuéramos más sencillos, si tuviéramos más sentido común y si nos moviera el amor y no nuestras teorías. Aquél que se tropiece y caiga en el suelo y se limite a analizar el por qué se ha caído en lugar de levantarse, le pueden suceder cosas peores como ser arrollado por algún vehículo. Es de humanos el caer, pero sólo es propio de tontos el no levantarse.

Quizás una de las cosas que más nos paralizan es constatar nuestra impotencia o pensar que la tentación nos puede y que todo sería mejor emprendiendo otro camino, pues quizás nos hayamos equivocado. Todo es posible, pero está claro que sólo quien confía en la fuerza de Dios podrá dejarse llevar por el mismo Dios hacia sí. Si el camino del apartamiento lo hicimos como fruto de una decisión personal y por nuestras propias fuerzas, el camino de retorno lo realizamos por el deseo que Dios ha puesto en nosotros y al que nosotros sólo podemos dar nuestro consentimiento, pues nos sobrepasa. Esta primera expresión de la RB nos adentra de lleno en la historia de la salvación, desde el Génesis hasta los Evangelios: *Lo mismo que el delito de uno solo (Adán) resultó en condena de todos los hombres, así el acto de fidelidad de uno solo (Cristo) resultó en el indulto y la vida para todos los hombres; es decir, como la desobediencia de aquel solo hombre constituyó pecadores a la multitud, así también por la obediencia de este solo constituirá justos a la multitud* (Rom 5, 18-19).

La exhortación de San Benito -“Escucha, hijo”- es algo cercano e íntimo, pero al mismo tiempo quiere darle una proyección universal: “quien quiera que seas”. Se dirige a todos los que están dispuestos a emprender el camino de retorno a Dios olvidándose de sí mismos. Así nos dice: ***A ti, pues, se dirige ahora mi palabra, quienquiera que seas, que renunciando a satisfacer tus propios deseos, para militar para el Señor, Cristo, el verdadero rey, tomas las potentísimas y espléndidas armas de la obediencia*** (v. 3).

Lo que más caracteriza la vida religiosa desde sus comienzos es el voto de virginidad consagrada. Quien se siente llamado a una vida orientada toda ella a la alabanza divina, como donación gratuita de sí mismo, expresa esa exclusividad con el voto de castidad. Es cierto que todos somos del Señor, hagamos lo que hagamos, pero el corazón es solamente uno y puede estar más o menos dividido. No es que la consagración religiosa pretenda apartarnos del amor a lo demás “porque nos distraen”, lo que sería una visión desencarnada del amor. Se trata más bien de una opción de vida que desea seguir el modelo vivido por Jesús de Nazaret en un amor universal, de ahí que el mejor calificativo para un religioso sea el de “hermano/a”. Esa consagración facilita vivir la primacía del amor de Dios en gratuidad y orientación plena hacia él, para en él encontrarnos con el amor universal de Dios que todo lo abarca y al que nosotros también nos debemos. Así los primeros “religiosos” fueron las vírgenes o los ascetas.

Pero dentro de éstos, lo que más caracteriza a los cenobitas es la obediencia. Quien se decide a vivir en comunidad, no sólo expresa la donación de sí con el voto de castidad, sino que también lo hace con el de obediencia, deseando seguir el camino de Jesús que se hizo obediente hasta el extremo. Así como el celibato es una opción espiritual del corazón que se expresa también corporalmente, igualmente la obediencia, siendo un ofrecimiento de sí a la voluntad divina, conlleva una expresión muy concreta a través de los superiores y los hermanos que nos va transformando el corazón.

Esto es algo laborioso, y así lo manifestaban los monjes antiguos. Hablaban del trabajo de la oración, pero también de lo costosa que era la obediencia. Pero aquí San Benito quiere dar un matiz más ilusionante a tan ardua empresa. Hablar de lo costoso de una empresa, de las muchas renunciaciones que hay que hacer, etc., desanima al personal y a más de uno le puede hacer abandonar. Pero presentarlo como un reto, algo hermoso que podemos alcanzar y por lo que debemos luchar, enardece los ánimos y empuja hacia delante. Es por eso que San Benito decide utilizar un lenguaje ya empleado por los apóstoles y los mártires y que en la edad media -cuando nace Císter- tuvo tanto gancho, el lenguaje de la milicia; algo, por lo demás, también presente en congregaciones modernas que llegan a entusiasmar a los jóvenes.

Soporta los sufrimientos como un buen soldado de Cristo, le decía San Pablo a Timoteo (2Tim 2,3). Y nos dice también a nosotros: Poneos las armas que Dios da para resistir a las estratagemas del diablo, porque la lucha nuestra no es contra hombres de carne y hueso, sino (...) contra las fuerzas espirituales del mal. Por eso os digo que cojáis las armas que Dios da, para poder hacerles frente en el momento difícil y acabar el combate sin perder terreno. Conque en pie: “abrochaos el cinturón de la verdad, por coraza poneos la honradez” -Is 11,5-; bien calzados, “dispuestos a dar la noticia de la paz” -Is 52,7-. Tened siempre embrazado el escudo de la fe, que os permitirá apagar todas las flechas incendiarias del malo. Tomad “por casco la salvación y por espada la del Espíritu” -Is 59,17-, es decir, la palabra de Dios (Ef 6, 10-17).

El monje es un soldado de Cristo, que milita bajo su estandarte y utiliza sus armas. El estandarte de Cristo es su cruz victoriosa, su misterio pascual. Quien no quiera aceptar esa realidad en su propia vida podrá ser un buen soldado, pero bajo otro estandarte. Cuando la cruz la vivimos como escándalo o necedad, no somos de Cristo. Cuando la acogemos con la mansedumbre del que confía en Aquél que la venció, entonces podemos sentirnos verdaderamente de Cristo. Militar bajo su estandarte es confiar que el Señor está con nosotros, en nuestra frágil barca agitada por las aguas; que él va delante, que él nos sostiene, que él lucha en nosotros y por nosotros, que él garantiza la victoria a los humildes.

Y ¿cuáles son las armas? Es muy importante tener las armas idóneas si no queremos hacer el ridículo. Emplear flechas contra tanques es tan ridículo como emplear tanques contra indígenas dispersos en la selva. Para saber qué armas emplear necesitamos saber primero quién

es el enemigo al que se combate. San Pablo ya nos lo recordaba: “las fuerzas espirituales del mal”. Esas fuerzas que luchan dentro de nosotros y que nos llevan a hacer el mal que no queremos y dejar de hacer el bien que deseamos. Esas fuerzas que empujaron al hombre a apartarse de Dios por el camino de la desobediencia. Por eso San Benito centra en esto las armas que debemos tomar, esas mismas que perdimos con nuestra ofuscación por el pecado, pero que Cristo ha conseguido rescatar. Él nos las ofrece de nuevo para que nosotros podamos gozar de la mansedumbre de los sencillos, verdadera vivencia del Reino de Dios ya en este mundo como anticipo de su plenitud más allá de la muerte. ¿Hay mayor gozo que el vivir desde el amor de Dios?

De esta forma, el retorno a Dios adquiere un matiz marcial, glorioso, exultante, pero al mismo tiempo humilde, confiado, gozoso. Empuñamos las armas de la obediencia que nos hace humildes y nos robustece a un mismo tiempo. Cristo, a quien seguimos, se va haciendo en nosotros y su victoria la ven los hermanos que nos rodean. No es algo meramente pasivo, no es una simple renuncia que aceptamos a veces con tristeza, sino que se trata más bien de un empeño, de un deseo, de un combate ofensivo. Por eso San Benito nos hablaba de ese obedecerse a porfía, sólo comprensible para los que de verdad desean militar bajo el estandarte de Cristo.

Los estudiosos dicen que los términos *militia* y *militare* “no designaban exclusivamente el servicio de armas, sino que se aplicaba, asimismo, al servicio civil”. De tal forma que *militare* evoca la idea del servicio de los Aservos de Dios@. Pero a fin de cuentas da igual decir que se sirve a Dios siguiendo el ejemplo de Cristo obediente hasta la muerte, que militar en sus filas con las armas de la obediencia.

Finalmente quisiera resaltar cómo San Benito hace la diferencia de ese combate entre los ermitaños, que curtidos en la vida espiritual lo pueden realizar solos, y los cenobitas, que encuentran gran apoyo en la misma comunidad. Se supone que el ermitaño ya ha vencido la voluntad propia que nos esclaviza y ha obtenido el don de un oído atento y dócil a la palabra de Dios. Los que vivimos en comunidad tenemos la gran ayuda de los hermanos, que continuamente nos invitan a renunciar a nosotros mismos por amor, aunque a veces esto nos fastidie bastante. Cuanto más nos fastidian los hermanos, más necesitados estamos de vivir en comunidad, pues es signo de que nuestro *ego* está demasiado arraigado como para obedecer, estamos demasiado maniatados por nuestras Aweidades@ que nos esclavizan. Cuando los hermanos ya no nos fastidian -aunque nos puedan resultar algo incómodos- es el signo más claro de nuestro avance en esa *militia Christi*.

Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente que él la lleve a término (v. 4).

Al leer este versículo del Prólogo seguramente que no hay nada que nos llame la atención. Es razonable que cada uno de nosotros sienta deseos de hacer alguna obra buena y que le pidamos fuerza al Señor para llevarla a buen puerto, pues tenemos harta experiencia que muchos de nuestros buenos deseos no pasan de eso, de buenos deseos, y aún ellos son un don de Dios antes que mérito propio. Los monjes vivían una vida de lucha interior y ascetismo que buscaba una meta: la transformación interior y la vida de oración. Ese arduo camino no podría llevarse a cabo sin la ayuda de la gracia divina, por lo que se trata de un “mérito compartido”. Ahora bien, el deseo de emprender el camino, de entregarse y realizar las obras buenas ¿de dónde nos viene? Mérito nuestro sería si brotase exclusivamente de nosotros, pero San Agustín nos dice que ni siquiera eso nos pertenece, que el mismo deseo es obra de la gracia. Por eso, cuando experimentamos deseos de buscar a Dios, es que ya el mismo Dios ha salido a nuestro encuentro y, de alguna manera, ya lo hemos encontrado. Estamos llamados a militar bajo el

estandarte de Cristo movidos por la misma gracia de Cristo. Para responder a la llamada divina es necesario un esfuerzo personal, pero todo es gracia; a nosotros nos toca responder en libertad a esa gracia recibida.

No sois vosotros los que me habéis elegido -nos recuerda Jesús- sino yo soy quien os he elegido y destinado para que vayáis y deis fruto. Más allá de discusiones que nos lleven a debatir sobre palabras encerrándonos en castillos ciegos y partidistas, os invito a reflexionar desde la propia experiencia. El mismo Dios sale a nuestro encuentro. Estamos entretenidos en los quehaceres de nuestra vida hasta que en un momento Dios capta nuestra atención, empezamos a preguntarnos y vamos haciéndole un hueco en nuestra vida, o mejor, vamos descubriendo esa presencia suya en nuestra vida.

Quien contemple con serenidad su propia vida, es probable que descubra una experiencia de pecado donde palpa la impotencia para salir de él, alguna esclavitud que le tiene atado y no le deja hacer lo que quisiera, un deseo infinito de entrega que no llega a colmar. Pero también puede experimentar la gracia que le saca de donde no podía salir y le permite caminar cuando sus fuerzas ya no respondían a sus deseos, experimentando siempre la propia libertad que unas veces responde a la gracia y, otras, la rechaza. ¿Quién no ha experimentado esto? Eso que nos asusta, que a veces nos entristece y que en ocasiones nos llena de gozo, es lo que hace del camino espiritual una relación apasionante del hombre con Dios y del conocimiento de nuestra condición purificada por el amor gratuito del Señor.

Efectivamente, todo es gracia, pero el espíritu de Dios que hemos recibido está tan unido a nosotros que ¿cómo poder distinguir esa acción exterior que brota de nuestro propio interior? Cuando se vive en esa unión se puede exclamar como hacía con frecuencia Santa Teresa: “el Espíritu y yo pensamos...”. Cuando brotan los buenos deseos en un corazón bueno que se deja mover por la gracia, hay que pedir con vehemencia y perseverancia -nos dice San Benito- el poder llevarlo a buen término. Pues si el deseo brota de una forma tan espontánea que es difícil distinguir si viene de fuera o de dentro, el realizar las buenas obras es todo un camino donde nos topamos con nuestra pertinaz debilidad, con ese hombre viejo que nos frena invitándonos a buscarnos a nosotros mismos, a defender apasionadamente nuestros derechos, a dar rienda suelta a nuestras pasiones antes que morir a nosotros mismos donándonos a los demás. Como esto se palpa tan claramente, es por lo que San Benito quiere que nuestra oración sea insistente.

El joven o principiante pide al Señor lleve a buen término la obra buena comenzada, pero también lo pide el que va entrando en años. Sin embargo, hay una diferencia que produce unos efectos muy distintos. De joven se pide al Señor lleve a buen término nuestra buena obra; “nuestra”, creemos en lo profundo de nosotros mismos, aunque digamos que es de Él. Por eso vienen los nerviosismos cuando no se alcanza, los enfados, el hundimiento anímico, o la violencia para con los demás haciéndoles culpables de nuestra incapacidad. El anciano, sin embargo, sabe por experiencia que nosotros no podemos nada, que todo viene de Dios. Por eso se alegra si se suscita un buen deseo en su interior, pero no se lo apropia, sino que con humildad persigue su realización pidiendo con insistencia al Señor la fuerza que a él le falta y, sobre todo, descansando siempre en él. Es por ello que si alcanza la meta se llena de gozo y de agradecimiento, procurando que toda gloria sea para el Señor, sin encontrar motivo alguno de vanagloria. Y si sucumbe en el intento, no se desespera, no acusa, no mira hacia atrás, simplemente sigue descansando en su Señor, acogiéndose a su misericordia en la confianza que esa gracia que no ha sabido secundar es la que le sigue sosteniendo y le impulsa a continuar caminando, intentándolo de nuevo, mirando siempre hacia adelante.

Sí, debemos pedir con insistencia y humildad al Señor que lleve a buen término la obra

que él ha comenzado en nosotros. Nadie tiene nada asegurado, pues todo es gracia. Dios quiere que le pidamos y escucha la oración de los humildes. Quien se cree merecedor de la gracia divina se asemeja al niño de papá, caprichoso y arrogante, que termina siendo duro con los demás, a los que no considera hijos de su padre. El que aprende a pedir con confianza de hijo, pero también con la indignancia del pobre, recibe no sólo lo que pide, sino la sabiduría que recibió Salomón (cf. 1Re 3, 4ss) que le permite ver a los demás como Dios los ve.

San Benito continúa explicando sencillamente por qué debemos pedir la fuerza de la gracia cuando nos disponemos a realizar cualquier obra buena: ***para que el que ya se ha dignado contarnos en el número de sus hijos, jamás se vea obligado a entristecerse por nuestras malas acciones. En efecto, es preciso que estemos siempre dispuestos a obedecerle con los dones que ha depositado en nosotros, de tal manera que, no sólo como padre airado no llegue a desheredar algún día a sus hijos, sino que tampoco como señor temible, irritado por nuestras maldades, entregue a la pena eterna, como siervos malvados, a los que no quisieron seguirle a la gloria.***

Esas palabras resultan duras sin duda alguna y nos recuerda varios pasajes de la Escritura y del Evangelio donde Jesús se queja del desprecio que hacen los hijos y los elegidos de la herencia que se les da, siendo finalmente desheredados en favor de otros: *Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados fuera a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes* (Mt 8, 10-12). O cuando habla de su viña y de los labradores que no le dan sus frutos: *Os digo que se os quitará el reino de Dios y se entregará a un pueblo que dé a su tiempo los frutos que al reino corresponden* (Mt 21, 43). O cuando habla de los convidados al banquete que uno tras otro se excusan para no ir: *Entonces el dueño de casa, indignado, dijo a su criado: "Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y tráete aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos"... Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete* (Lc 14, 21-24).

San Benito nos quiere estimular invitándonos a vivir desde nuestra condición de hijos, como hijos obedientes que son el gozo de su padre. Pero al mismo tiempo nos recuerda que la herencia, aun siendo gratuita, no está asegurada "a la fuerza". Somos herederos por la gracia de Cristo, pero la herencia que se nos ofrece no es un cúmulo de bienes materiales a modo de premio, sino la vida en el Espíritu. Si la herencia que se nos tiene reservada fueran simples bienes, bastaría con extender la mano para recibirlos. Pero si la herencia que se nos tiene reservada es algo más existencial, más vital, requiere una transformación interior. Se nos da la herencia por ser hijos, y se nos pide vivir como hijos. Vivir como hijos es sabernos y sentirnos hijos, en una relación de confianza, pero también de receptividad, de deseo de escuchar la palabra del padre, de obedecerle aun cuando no nos guste, de querer asemejarse a él sin pretender ser nosotros el centro absoluto. Es una actitud expectante ante la vida y profundamente confiada, sabiendo que estamos en manos de un Padre que no puede dejar de comportarse como padre. Quizá en una cultura personalista como la nuestra resulte más difícil renunciar a matar la figura paterna. Pero el cristiano está llamado a crecer como persona sabiéndose siempre "hijo de", que es lo que le permite saberse también hermano de todos.

Ser hijo es mucho más que ser un vecino que confía en la bondad de su vecino. Ser hijo implica una relación especial aceptada y abrazada, que hace de la herencia no sólo algo futuro, sino algo que se va descubriendo y saboreando en nuestra misma vida. Ser hijo es desear ser reconocido por el padre y que los demás le reconozcan como hijo de su padre. Es un proceso, no un momento, como pudiera ser la herencia material o la idea popular del juicio venidero; es algo que comienza ya en esta vida y encuentra su culmen en la verdadera; es algo existencial, no material; no es un mero premio o castigo que nos viene de fuera, sino más bien va brotando de

nuestro propio interior. Quien se deje transformar vivirá como hijo y recibirá la herencia del hijo en esa misma transformación. Quien no se deje transformar vivirá como esclavo y recibirá la no-herencia del esclavo, pues el esclavo sólo tiene lo que posee, y no posee casi nada. San Benito sugiere eso con la expresión *“querer seguirle a la gloria”* o no. Eso depende sólo de nuestra libertad en la respuesta a la gracia recibida. De nada nos valdría ser hijos si no nos percatamos de ello ni vivimos como hijos y herederos. El salmo expresa bellamente lo que es la herencia que nos toca identificándola con el mismo Dios: *El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad* (Sal 15, 5-6).

Es bueno que nos situemos en el contexto en el que vivió San Benito, hombre romano del siglo VI. Allí había gente libre y esclava. Ser parte de la familia romana como hijo no era poca cosa. Ser heredero daba seguridad. Quedar desheredado era una verdadera desgracia, como vivir en las tinieblas donde se llora y hace tanto frío que rechinan los dientes... El hijo vive de la fortuna del padre y la hereda. Perder la herencia era casi como perder la propia vida o, al menos, la esperanza de una vida libre y gozosa.

La forma de expresarse la RB en este pasaje trasluce una ira divina bastante antropomórfica que desdice de Dios, pero contiene una verdad que de nada vale eludir. En cualquier caso, y dado que al final no sabemos realmente lo que hará la gracia divina, San Benito nos invita a corresponder a esa gracia sabiéndonos hijos muy amados, y matizando la expresión con que comienza el párrafo -y que resaltaba el esfuerzo personal inicial del hombre- con esta otra: *Es preciso que estemos siempre dispuestos a obedecerle con los dones que ha depositado en nosotros*. No puede ser nuestro lo que ha sido depositado en nosotros. Esto mismo es lo que nos da la confianza para seguir caminando. Cuando uno experimenta sus tropiezos no queridos, se puede desanimar dudando de su fortaleza. Pero cuando sabe que la fuerza que necesita no radica en él, sino en Aquél que se la da gratuitamente, entonces se siente animado a seguir aun cuando no vea, aun cuando no tenga fuerzas, aun cuando muera en el intento.

La meta no está fuera de nosotros. La meta no es algo que debemos alcanzar. La meta es un estado al cual nos dirigimos y que se va realizando en nosotros con la transformación interior a semejanza de Cristo. Es por ello que necesitamos tener firme conciencia que nuestra única meta es la obra que Dios va haciendo en nosotros, por lo que las cosas que nos suceden, la gente que nos rodea, las cosas que hacemos, e incluso nuestros propios logros o fracasos no son más que medios necesarios para esa transformación. El darse cuenta de ello produce profunda paz y ahorra muchas energías que solemos perder en transformar lo que nos disgusta únicamente para hacerlo más cómodo. La aceptación de esa realidad nos hace más libres para trabajar en la transformación del mundo según el evangelio sin estar demasiado preocupados de nosotros mismos.

Los primeros versículos de la Regla se dirigen incisivamente a cada uno de nosotros: “escucha, hijo”; inclina el oído..., acoge con gusto; a ti, pues, se dirigen estas palabras...; cuando te dispones a realizar cualquier obra buena... Es el modo como San Benito nos invita a hacer el camino interior que necesariamente es personal.

Pero a continuación pasa a emplear el plural, uniendo la dimensión personal con la comunitaria: ***Levantémonos, pues de una vez, que la Escritura nos desvela diciendo: “Ya es hora de despertarnos del sueño”. Y, abiertos los ojos a la luz deífica, escuchemos atónitos lo que cada día nos advierte la voz de Dios que clama: “Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones”***. Dios me habla en medio de los hermanos, hace resonar dentro de mí la palabra escuchada en comunión. Es un proceso interior, pero no individualista, como Dios no es “padre mío”, sino “padre nuestro”.

“Levantémonos y espabilemos”, una invitación que escuchamos día tras día al ir a rezar vigiliias con el salmo invitatorio, que el domingo recoge literalmente esa expresión: *Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones*. Esa expresión recuerda la queja bíblica contra el pueblo hebreo que *endureció su corazón en “Meribá” y el día de “Massá” en el desierto* (Sal 94, 8-9; Ex 17, 2-7), es decir, en el tiempo y el lugar de la prueba, donde nada hay, siendo semejante el desierto a la noche. En Meribá, que significa “disputa”, enfrentamiento; en Meribá, que significa “tentación”. Y es que, paradójicamente, la voz de Dios se hace oír de forma más clara en el silencio nocturno, en el desierto, en el momento de la prueba. En el ruido y la distracción sólo nos oímos a nosotros mismos. Cuando la soledad y la prueba nos ponen delante de nuestro vacío se agudiza el oído y los susurros se hacen perceptibles. Durante el día oímos demasiadas voces que nos agradan y entretienen, que buscamos y alimentan nuestra complacencia. En el momento de la prueba no estamos para voces y la tentación acecha. Puede aparecer en escena la tristeza, el miedo, la duda, el enfrentamiento,... Momento difícil, pero es en ese momento cuando se deja oír más claramente la voz del Señor que nos enseña el único camino posible si despertamos del sueño que nos asusta para vivir en la realidad que Él nos ilumina.

El sueño nocturno asemeja la muerte, mientras que el despertar es como una vuelta a la vida. Proceso costoso si el sueño es profundo. Y nuestras noches no son siempre iguales ni nuestros sueños los mismos, siendo el mayor engaño del sueño pensar que estamos despiertos. ¿Quién nos espabila despertándonos del sueño? Antiguamente lo hacía la campana, hoy lo hacen los timbres y, a algunos, a duras penas el despertador. San Benito quiere hacer un símil con la vida espiritual. En ésta quien nos espabila el oído es la palabra de Dios que nos desvela invitándonos a despertar del sueño, a no endurecer el corazón. Pero nuestro sueño se puede volver muy profundo hasta el punto que no nos despierte la campana de tan acostumbrados que estamos de oírla. La costumbre adormece la consciencia. Pero no siempre es así, también nos vienen momentos de lucidez, de despertarnos en medio de la noche aunque sólo sea... para ir al servicio. Qué más da lo glorioso del motivo, el caso es que aprovechemos cualquier oportunidad: *Si –por casualidad- hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones*.

Esa voz la escuchamos cuando nos acercamos a la palabra de Dios, pero también esa palabra grita en nuestro interior atrayéndonos hacia sí para ser lo que realmente somos, dejando la irrealidad de los sueños para vivir desde lo que somos en verdad. En medio de nuestros muchos quehaceres, a veces tan alocados e improductivos como los sueños, puede brotar esa voz que nos despierte, invitándonos a vivir desde la consciencia y parando nuestro girar alocado. Invitación clara a cambiar el rumbo, pero invitación suave que necesita dejarse oír.

Invitación, por otro lado, que nace en el seno de la comunidad. Hoy damos mucha importancia a la vida comunitaria, a trabajar por construir una comunidad de comunión. Pero ¿qué tipo de unión deseamos? La unidad que brota de las palabras que salen de nuestros labios durante el día -y quizá en medio de un cómodo vergel- es una unidad fabricada demasiado por nosotros mismos, demasiado a nuestra medida. Por eso puede resquebrajarse cuando viene la prueba. Pero la unión que brota en el silencio de la noche, en la sequedad del desierto, en la prueba de la tentación, aparece más frágil, menos controlada, pero más sólida, pues no se asienta en nosotros, sino en Aquél que nos ha convocado. No temamos la fragilidad y la prueba vivida en comunión y confianza. Temamos más el atractivo de una vida cómoda que confía en sus propias fuerzas y no es sensible a llevar las cargas ajenas. A veces nos incomoda el silencio de los labios y el silencio de Dios y, sin embargo, bien sabemos que sólo en el silencio se escuchan con claridad las palabras.

El sueño es sinónimo de ilusión, es donde se cumplen los deseos más profundos que no

podemos realizar. Pero los sueños, sueños son. Suelen ser agradables cuando no son pesadillas, pero duran como nube mañanera. Ni siquiera nos acordamos de ellos salvo cuando son interrumpidos bruscamente por el despertar. También podemos vivir espiritualmente en un sueño irreal creyendo en la certeza que ellos nos dan. Creemos ver lo que vemos, creemos en la veracidad de lo que vivimos, pero lo podemos hacer únicamente desde la ilusoria realidad que el sueño nos da. El despertar interior, sin embargo, nos da a conocer las cosas como realmente son, a intuir la verdad que todo lo sustenta, a ver como Dios ve. Esa mirada suya en nosotros que nos da nueva luz al mirar las cosas, las personas o los acontecimientos en Él. No despertar del sueño de la vida nos puede llevar a maltratar las cosas y las personas por atribuirles unas cualidades oníricas que no tienen. Gran drama es hacer daño sin saber que lo hacemos, pues si al menos lo supiéramos podríamos evitarlo.

Por eso San Benito emplea también otra expresión: *Y abriendo los ojos a la luz de Dios*. Cuando abrimos el oído del corazón se iluminan los ojos con la luz de Dios, la luz que nos da su palabra escuchada y acogida confiadamente en nuestro interior. La voz que se oye en el silencio del desierto ilumina los ojos sacándolos de la noche de los sueños, permitiéndonos ver las cosas tal y como son verdaderamente según el misterio insondable y salvífico de Dios.

La Regla continúa diciendo: ***“Quien tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias”. ¿Y qué dice? “Venid, hijos; escuchadme; os instruiré en el temor del Señor. Corred mientras tenéis aún la luz de la vida, antes de que os sorprendan las tinieblas de la muerte”.***

La voz de Dios no sólo se dirige a mí individualmente, no es una llamada exclusivamente personal, sino que va dirigida también al pueblo de Dios, a la comunidad cristiana, como nos recuerda el Apocalipsis en el texto leído: *Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias* (Ap 2, 7). Hermoso modo de evitar el subjetivismo que fácilmente nos puede engañar. Cuando la voz de Dios se escucha en comunidad, cuando abrimos el oído al latido del Espíritu en el corazón de la comunidad, nosotros mismos alcanzamos a ver de una forma nueva, sin ser engañados puerilmente. En aquella comunidad donde se ha alcanzado un alto grado de comunión desde esa apertura a la palabra divina, no quedándose en una buena organización o armonía grupal, la voz de Dios se hace escuchar con fuerza y es luz para muchos que se acercan. Necesitamos empeñarnos en esa comunión desde el amor, desde la búsqueda de la unión en Aquél que nos ha convocado y no en ninguna otra cosa. Implicarnos todos no sólo en el crecimiento material, sino también en el crecimiento espiritual de la comunidad. Un crecimiento del que somos responsables desde las primeras etapas de la vida monástica de los que inician este camino de vida con nosotros. Una comunidad unida desde lo esencial es capaz de transmitir el propio carisma desde la experiencia de Dios y está abierta a la corrección fraterna en el amor. Todos los hermanos son responsables, sin esperar tener un cargo de autoridad oficial para sentirse implicados. Incluso el último que entra también es partícipe de esa responsabilidad comunitaria.

Con la expresión *Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias* “Juan” se está dirigiendo proféticamente a Éfeso, una de las siete Iglesias invitadas a la conversión por haber abandonado el amor primero, ese que suele llevar en volandas en los inicios, alimentando el deseo de responder con prontitud y en plenitud. Es un aviso a aquella comunidad para que retorne a la vida del Espíritu, aludiendo así al árbol de la vida que estaba en el centro del Paraíso (cf. Gn 2,9) cuando la enemistad no había hecho todavía acto de presencia: *Al vencedor le daré a comer “del árbol de la vida, que está en el Paraíso”* (Ap 2, 7). La vida brota del espíritu de Dios. Cuando ese árbol está en medio de la comunidad y de él se alimentan los hermanos, todo vuelve a tener nueva vida. Un árbol que está, pero que no siempre vemos, especialmente cuando nos hemos cegado comiendo del árbol de nuestra ciencia del bien y del mal; pues quien juzga al otro desde sí mismo nunca le verá con el amor vivificador de Dios. *Quien tenga oídos, oiga*. ¿De qué

valdría tener oídos y no oír u ojos y no ver?, como se lamentan los profetas Isaías y Ezequiel, e incluso el mismo Señor (Is 6, 9-10; Ez 12, 2, Mt 13, 15-16). Esa repetida expresión escandaliza a no pocos y los comentaristas se empeñan en dulcificarla. Pero no se trata más que de constatar una triste realidad en la que San Benito no quiere que caigamos, pues abrir el oído y los ojos o no hacerlo lleva consigo una vida plena o una vida arrastrada.

Pero curiosamente la RB no recoge la respuesta que da el Apocalipsis aludiendo al árbol de la vida, sino que se hace eco del salmo 33 cuando dice: *Venid, hijos, escuchadme, os instruiré en el temor del Señor* (sal 33, 12). El temor del Señor está en la base del camino espiritual, es lo que el Espíritu suscita en el interior de cada uno, lo que San Benito nos invita a escuchar. Es el temor de ofender o de alejarse de Dios que es fruto del amor. Él es quien ocupa el primer grado de la humildad, como nos recuerda la misma Regla (RB 7, 10) y que ya veremos en su momento. El temor tiene la facultad de paralizar o de poner en movimiento. Quien se queda parado está maniatado por un temor infecundo o carece de amor. El temor que es fruto del amor, nunca paraliza, siempre nos pone en movimiento para evitar lo perjudicial o alcanzar lo que podemos perder. Basta pensar en el amor-temor de unos padres con sus hijos, por quienes se pasan toda la vida temiendo les pase algo, no les vayan bien las cosas, se topen con malas compañías, etc., pero que lejos de paralizar, mantiene bien alerta a los padres. Por eso nuestro “padre” San Benito nos incita a correr utilizando para ello la exhortación de Jesús a los judíos antes de su pasión y tras la resurrección de Lázaro, invitándoles a creer antes de que sea demasiado tarde, a buscarle mientras se le encuentra, mientras se le tiene delante, sin dejar pasar el tiempo, es decir, buscarle mientras tenemos luz: *Corred mientras tenéis aún la luz de la vida, antes de que os sorprendan las tinieblas de la muerte* (Jn 12, 35).

No se trata de temer pensando que la misericordia de Dios se puede acabar, pues es infinita. Ciertamente que el libro del Eclesiástico sale al paso de los comodones que se refugian en esa confianza para dejar indefinidamente su conversión para un mañana que no llega: *No digas: “He pecado, y nada malo me ha sucedido”, porque él es un Dios paciente; no digas: “El Señor es compasivo y borraré todas mis culpas”. No te fíes de su perdón para añadir culpas a culpas, pensando: “Es grande su compasión, y perdonará mis muchas culpas”; porque tiene compasión y cólera, y su ira recae sobre los malvados. No tardes en volverte a él ni des largas de un día para otro* (Eclo 5, 4-7). La paciencia de Dios no tiene fin, pero nuestra luz sí se puede ir apagando. Todos tenemos experiencia de ello en la vida. Cuando hay luz, alegría, optimismo, podemos avanzar con decisión. Cuando viene la oscuridad, la duda, la tristeza, la desesperanza, dormitamos sin fuerzas. Si desaprovechamos la luz, ¿qué pasará cuando lleguen las tinieblas? Jesús nos avisa de ello estando a las puertas de la profunda oscuridad de su pasión, donde le invadió *una gran tristeza y angustia*, como nos dice el evangelista. *Mi alma está triste hasta el punto de morir*, llegó a decir (Mt 26, 38-39). Él se supo mantener mientras los discípulos no sólo dormitaban, sino que dormían profundamente en el huerto de los olivos. *Orad y velad para que no caigáis en tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil* (Mt 26, 41).

San Benito no quiere marmotas espirituales que viven en un sueño profundo, pero tampoco desea tortugas perezosas metidas en su caparazón. Desea que los hermanos se inquieten e incomoden espiritualmente los unos a los otros. Es cierto que en todo estímulo o corrección a los demás se puede esconder cierta búsqueda de notoriedad o sentimientos de culpa que pretenden corregir en el otro lo que no logro hacer en mí. Pero hay que arriesgar para que la comunidad se consolide y acentúe su seguimiento de Cristo. Sólo entonces viviremos aquello para lo que hemos sido convocados, realizaremos la misión que se nos ha encomendado.

El celo de Dios suele aparecer de una forma muy viva en la Escritura. El “deseo” que manifiesta hacia nosotros es escandaloso. El Espíritu urge llamando y el celo de Dios se manifiesta en la búsqueda, como nos sigue diciendo San Benito: ***Y, buscándose el Señor un***

obrero entre la multitud del pueblo al que lanza un grito llamando, vuelve a decir: “¿Hay alguien que quiera la vida y desee pasar días felices?”

Esta expresión es muy bella y encierra el sentido de la verdadera religiosidad. La vivencia religiosa tiene una raíz: la relación amorosa de Dios con su criatura. Después vendrán las concreciones (“obras son amores”), las obras que revelan el amor que se tiene, las consecuencias del pacto hecho (alianza); pero inicialmente todo parte de un amor que seduce y otro que se deja seducir. Sin esto, todo estará vacío. Con esto, todo tendrá sentido. Este aspecto es esencial en nuestra vida cristiana y monástica. Muchos de nuestros sufrimientos inútiles se deben a vivir una religiosidad sin esa experiencia. Cuando se tiene esa experiencia –y para propiciarla basta con abrir el oído- todo adquiere sentido, aunque no desaparezcan por ello el dolor personal ni el sufrimiento ante ciertos acontecimientos.

Esa es la forma de actuar que tiene el Señor en la Escritura: seduce, invita, exhorta, pues el amor no obliga, sino que busca una respuesta en libertad. Pero el amor tampoco es conformista ni cómodo. El amor se pone en movimiento con paciencia y con perseverancia, con dulzura y con insistencia cabezona. Al amor no le da lo mismo ser respondido o no serlo. El amor es una fuerza interior que se lanza a la búsqueda de lo que ama, clamando por lo que desea. El no obligar no significa no insistir. Respetar no significa no desear. Cuando uno se queda cómodamente parado, puede poner en duda la autenticidad de su amor.

No sucede así con el amor de Dios. Son muy elocuentes las expresiones que utiliza San Benito: el Señor busca; lo hace entre la multitud; lo hace lanzando un grito; busca a alguien que le escuche y esté dispuesto a trabajar con él (obrero – “operarium suum”). No llama sólo a trabajar para evitar la ociosidad, ni a hacerlo a una viña cualquiera, sino que llama a trabajar con él y para él, y a hacerlo en su propia viña. No es un matiz sin importancia, y mucho menos en una cultura como la nuestra que tiende al individualismo. El centro de nuestro trabajo está en el Señor, y es en su campo donde trabajamos. Ahí es donde alcanzamos nuestra propia realización, pues al responder en la libertad del amor no quedamos anulados, ni mucho menos; pero sí unimos nuestro destino al de Aquél que nos ha llamado. No somos esclavos trabajadores sin libertad, sino personas libres que han querido dejarse “esposar” orientando de una forma nueva su voluntad y su trabajo.

El que todo lo puede, busca como un mendigo, como si necesitara de nosotros. Y en cierto modo es así por una simple razón: porque Él ha querido que así sea (doctrina del Cristo total...). Busca un obrero porque si bien todo lo creó de la nada sin nosotros, no quiere que el Reino se instaure sin nosotros. Al hacernos a su imagen, al hacernos hijos en el Hijo, “necesita” nuestra colaboración para la instauración del Reino. Somos responsables de eso y ello tiene unas consecuencias concretas, una forma de actuar que después nos indicará.

El Señor ha de buscar en la multitud porque muchos son los llamados y pocos los escogidos. Busca entre la multitud como quien busca en la confusión, que dirían nuestros padres cistercienses, en medio de la turba, intentando sacar a la luz lo que habita en las tinieblas y la desarmonía. La multitud es sinónimo de gentío, pero también de confusión. Y llama gritando con fuerza, como quien grita en el desierto, pues la confusión, el griterío, el acomodamiento del que habita en medio de la multitud termina ensordecándolo, haciéndole poco sensible al susurro del Espíritu.

Sin embargo, todos sabemos que el grito por sí mismo no atrae, nos puede incluso alejar. Por eso la pedagogía divina a la que recurre San Benito, siguiendo el salmo 33, nos va a proponer el “premio”, la zanahoria que hace caminar al testarudo borriquillo: *¿Hay alguien que quiera la vida y desee pasar días felices?* Seguramente que, si tomáramos en serio tal pregunta, todos

alzaríamos la mano diciendo “yo”. ¿Quién no quiere vivir bien y ser feliz?, cuando parece que hoy es la meta máxima que se propone en la vida, creando una profunda frustración al no alcanzarla.

Pero como en el fondo somos bastantes conformistas, podríamos contentarnos con algunas cosas que creemos nos dan la felicidad y eso tiene también su peligro. El conformismo de los acomodados produce una profunda sordera. Tanta que cuando nos gritan prometiéndonos una verdadera vida, la felicidad auténtica, podemos decir: “sí, sí”, con tal escepticismo que ni levantamos la cabeza. Ya puede prometernos el salmista la felicidad, ya puede hacerlo el Señor a voz en grito, que como estemos acomodados en lo que creemos nos da felicidad, nada escucharemos. Es por ello que el Reino de los cielos está reservado a los pobres y a los sencillos. Los que nadan en la abundancia o la comodidad, los que buscan su propia felicidad, los que sólo se preocupan de sí mismos, los que a la menor dificultad (persecución, privación, etc.) lanzan un grito angustioso en su defensa, reclamando violentamente aquello que creen les da la felicidad y la seguridad, los que así viven ¿cómo van a tener fino el oído a la voz que les invita a trabajar en el Reino?

Cuesta decirlo y más aceptarlo, pero ¡qué importante es que experimentemos de algún modo la persecución injusta! ¡Qué importante es que nos despojen de lo que tenemos, sea material, físico, cualidades, fama o de todo aquello que nos da seguridad! ¡Qué importante es que nos saquen de la multitud de nuestros ruidos y diversiones que nos hacen vivir en una sorda autocomplacencia! Y todo ello comunitaria y personalmente, pues quien sueña pero no se deja despojar él primero, es que tampoco busca en la verdad. ¡Qué buena escuela de aprendizaje es la comunidad cuando uno se entrega sin buscar su propio interés ni defender sus derechos! ¡Cómo enseña el hecho de que el Señor nos llame a trabajar en su viña, no en la nuestra, y que nos pida usar herramientas que no podemos controlar y nos desconciertan al privarnos de la seguridad y control que deseáramos! Podemos preguntarnos si la voz divina de la que nos habla el Prólogo nos grita también a nosotros o basta que nos susurre al oído.

La expresión que emplea San Benito nos recuerda la del propietario del evangelio que salió muy de mañana a contratar a los obreros para su viña, volviendo a salir a media mañana, al mediodía a media tarde y al anochecer (cf. Mt 20, 1ss). Esa paciencia infinita que queremos para nosotros mismos (sí, Señor, espera que te lo pagaré; ten paciencia que estoy luchando con tal o cual debilidad;...), pero que no siempre tenemos con el compañero de viaje (¿hasta cuándo tendré que aguantarlo?, ¿para qué se habrá hecho monje?, ¡eso es intolerable!,...). Expresiones que podemos decir, incluso, por simples acciones del otro que me molestan a mí, pero que no son malas en sí mismas. Jesús nos dice que la paciencia y perseverancia de Dios se asemeja a la paciencia e interés que muestra el dueño de la viña. El Señor sale incesantemente buscando a todos, no queriendo que nadie se quede fuera. *¿Hay alguien que quiera?* Contrasta la grandeza del tesoro que se nos ofrece con la suavidad y liberalidad de la llamada. Y es que no se nos llama simplemente a realizar una misión, sino que se nos llama a compartir una vida, a vivir desde la verdadera “felicidad”; no buscando objetos que nos hagan felices, sino ser felices nosotros mismos. Es una invitación al corazón humano que requiere una respuesta libre desde lo más íntimo de nosotros.

¿Hay alguien que quiera la vida y desee pasar días felices?, nos pregunta el Señor por boca del salmista. A lo que continúa San Benito diciendo: ***Si tú, al oírlo, respondes: “Yo”, Dios te dice: “Si quieres gozar de la vida verdadera y perpetua, guarda tu lengua del mal, tus labios, de la falsedad; apártate del mal, obra el bien, busca la paz y corre tras ella.***

Esa invitación que recibimos a poseer la verdadera vida y obtener la felicidad requiere una respuesta. No basta con el “sí” del hijo mayor que después no fue a trabajar a la viña, sino

que se nos pide una respuesta veraz, decidida, perseverante. Es la invitación de Jesús a vender todo para adquirir el tesoro del campo o la margarita preciosa.

El camino que propone el salmista comienza con algo muy concreto: rechazar el mal y obrar el bien buscando la paz. De nuevo la espiritualidad se presenta como algo muy a ras de tierra. La vida y la felicidad que se nos ofrecen pasan por tener muy en cuenta nuestra relación con los demás, nuestra actitud ante las cosas y los acontecimientos. ¿De qué nos valdría vivir enajenados, soñando en otra vida o preocupados si habrá vida después de la muerte si carecemos de verdadera vida en el presente, antes de la muerte? El salmista nos invita a tener vida en nosotros ya ahora. Y esa vida pasa por la actitud que tengamos ante las cosas y en nuestra relación con los demás. Una actitud capaz de dar vida o no a nuestro alrededor dependiendo de la vida que tengamos dentro de nosotros, la vida del espíritu de Dios que recibimos.

Guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad; apártate del mal, obra el bien. El mal que podamos hacer siembra muerte a nuestro alrededor, al mismo tiempo que nos mata y expresa la muerte que llevamos dentro. Por eso el mal se manifiesta de forma espontánea a través de los labios, descubriendo en nuestras palabras lo que abunda nuestro corazón. Lo que hace daño no es lo que entra por la boca, nos recuerda el Señor, sino lo que sale de ella, pues por ella sale lo que hay dentro (cf. Mt 15, 11-20).

El mal es el daño que podamos hacer a los demás. La falsedad es el daño que nos hacemos a nosotros mismos auto engañándonos, viviendo en la mentira que nos impide ver y caminar. Guardar la lengua del mal es poner todo el cuidado posible en no dañar a los que nos rodean. Ciertamente que no se trata de no molestar, lo que es imposible al convivir con otros, pues incluso nosotros podemos molestarnos a nosotros mismos, enfadándonos también con nosotros mismos. Se trata de no hacer el mal. ¿Y si el mal que hacemos es sin mala intención? Ciertamente que éste es el mal que hacemos más frecuentemente. De ahí la necesidad de ir a la raíz: el propio corazón. Obsesionarnos por evitar el mal no haciendo ningún daño termina siendo enojoso y produce gran fatiga sin obtener grandes resultados, pues no siempre está a nuestro alcance. Transformar el propio corazón es más saludable. Del corazón brotan los malos deseos cuando está centrado en sí mismo. La envidia, la ira, el egoísmo, la soberbia pueden brotar de él haciendo un mal que termina produciéndonos tristeza por nosotros mismos y por el daño infligido a los demás.

Evitar el mal del otro es evitar su muerte. Buscar el bien del otro es desear que tenga vida. Ambas realidades expresan la muerte o la vida en la que nos encontremos nosotros mismos. *Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo puede dar frutos buenos* - nos recuerda el Señor- *por sus frutos los conoceremos* (Mt 7, 16-18) y nos conoceremos. Es importante intuir dónde está el mal que produce la muerte a nuestro alrededor y huir de él, no ser cómplice suyo aunque nos atraiga.

Pero no basta con no hacer el mal, sino que necesitamos hacer el bien. No basta con no dar muerte, sino que estamos llamados a dar vida. Es nuestra necesaria implicación en construir un mundo mejor, una Iglesia más auténtica, una comunidad más evangélica, una familia más unida, unas relaciones vecinales más humanas. La pobreza, la injusticia, cualquier catástrofe, el dolor del que tenemos cerca, la increencia,... son una invitación que recibimos a dar vida. Los lamentos por lo mal que van las cosas no valen para nada y resultan odiosos en labios del que no se implica más que en sus propias cosas. Poco se diferencia el que pudiendo dar vida no la da de aquel que la quita. Quien está habitado por la vida no se contenta con evitar el mal ajeno, sino que busca su bien. Evitar el mal es importante, pero la omisión del que no hace nada puede traer igualmente la muerte. Hay que obrar, y obrar haciendo el bien.

Es entonces cuando recibimos el don de la paz. Una paz que brota del corazón bueno. Buscar la paz por sí misma puede ser tan engañoso como una espiritualidad desencarnada. La paz es un resultado más que una pretensión. La paz del quien busca que “le dejen en paz” refleja un centramiento en sí mismo bastante grande. La paz a la que estamos llamados es la del pacífico. La invitación a buscar la paz no es, ciertamente, la búsqueda de uno mismo, la tranquilidad en la vida, el huir de las complicaciones. Ni siquiera vale limitarse a buscar lugares de paz, aunque los necesitemos. La paz que se nos pide buscar y correr tras ella pasa por la propia transformación. Vive en paz quien actúa bien, quien da vida a su alrededor, quien posee la vida dentro de sí porque antes la ha dado. Dar la propia vida es crear el vacío necesario para que la vida del espíritu de Dios sea la que habite en nosotros. El pacífico no es el débil e indolente, ni el cómodo e indiferente, sino el que *pudiendo hacer el mal, no lo hizo*, porque pudo en él más la vida del espíritu que la de su propio yo.

Todos estamos invitados a trabajar en la viña del Señor, pero no siempre tomamos conciencia pronta de esa llamada. Trabajar en la viña del Señor ha de llenar de vida y gozo, por eso debiéramos alegrarnos oír la llamada al comienzo del día sin esperar a la tarde de nuestra vida. Cuando la “hora de Dios” se hace presente al abrir el oído, escuchamos al salmista que nos dice cuál es el camino para alcanzar la vida y la felicidad que nos promete la invitación de Dios: guardarse de la falsedad y controlar lo que sale de nuestra boca, apartarse del mal, obrar el bien y buscar la paz. A lo que continúa la Regla siguiendo libremente el salmo 33: ***Y, cuando hayáis cumplido esto, mis ojos estarán fijos en vosotros y mis oídos atenderán vuestras súplicas, y antes de que me invoquéis os diré: Aquí estoy. ¿Puede haber algo más dulce para nosotros, queridos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita? Mirad cómo el Señor, en su bondad, nos indica el camino de la vida. Ceñidos, pues nuestros lomos con la fe y la observancia de las buenas obras, tomando por guía el Evangelio, sigamos sus caminos, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino.***

Ciertamente que no se trata de que podamos comprar la benevolencia de Dios con nuestras buenas obras, pues su gracia y su misericordia son anteriores a nada, pero la Escritura nos recuerda que la oración del justo es escuchada (St 5, 16), mientras que el malvado no es atendido. Una cosa es que la misericordia de Dios esté siempre pronta para con todos y otra muy distinta es que la intimidad propia del amor esté reservada para aquellos que se abren con prontitud a la llamada divina. Algo característico del amor es estar atentos a los deseos del amado, intentando complacerlo aún antes que los exprese. Porque, además, esos deseos suelen coincidir con los propios, ya que dos que se aman se abren generosamente a los deseos del otro, haciéndolos propios en no pocas ocasiones. Por el contrario, el que no ama se aleja mucho de esos deseos, buscando sólo el propio beneficio o resalta lo contrario en su necesidad por autoafirmarse y negar al que quizá vea como un adversario.

Es por ello que frecuentemente descubrimos la presencia o ausencia de Dios en nuestras vidas en la medida en que nos sentimos unidos más o menos a él. Es posible que los santos no experimentasen una presencia de Dios mayor que la nuestra, pero sí sabían ver esa presencia y aceptar aún la adversidad desde esa relación de amor que quizá nos falte a nosotros y por lo que vemos ausencias y temores donde debiera reinar paciente confianza. Sólo el amor es capaz de ver más allá de las apariencias e intuir la presencia del que no se ve. Por eso el que busca el bien al que nos invita el Señor escucha las palabras *Aquí estoy* antes de que lo invoque.

Y sigue preguntándose San Benito: *¿Puede haber algo más dulce para nosotros, queridos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita?* Yo creo que todo depende de cómo lo miremos. Nos pueden invitar a un banquete (Reino), y parece que lo más lógico es alegrarnos, pero si en la invitación nos dicen que ese banquete requiere hacer un largo camino, renunciar a otros proyectos que teníamos para ese momento, comprar algún regalo costoso, etc., quizá ya

no nos alegremos tanto. Una vez más todo estará en función del lugar que ocupe en el propio corazón la persona que nos invita. Cuando el “corazón da saltos” de enamorado, no cuesta absolutamente nada, pues las dificultades ni siquiera se ven, simplemente se diluyen. Cuando se ama de una forma más serena y profunda, sí que se ven las dificultades, pero se tienen en nada y basura comparadas con el amor que se vive. Cuando el amor es una amistad pasajera, se afrontan las dificultades con gran esfuerzo por el “cumplimiento social”, pensando que a la larga algún beneficio podemos obtener. Pero cuando no se ama, simplemente lo rechazamos porque tal invitación “no nos compensa” de ninguna de las maneras.

El Señor, en su bondad, nos indica el camino de la vida, sigue diciéndonos la Regla. Nos indica el camino, pero no nos mete por él a empujones. Hemos sido creados libres y llamados a la libertad en el amor. Una gran diferencia entre la acción de Dios y la de los hombres es que Dios crea en gratuidad y no pretende forzar a su criatura, sino que suscita en ella el deseo de entrar en una relación libre de amor con su Creador. Quien fuerza la obra de sus manos le inculca el germen de la muerte, lo transforma en cosa para provecho propio, lo que podemos hacer con lo que creemos es amor a los hermanos. Quien deja libertad a la obra de sus manos, le da alas para que tenga vida en sí misma, permitiéndole entrar en un diálogo de amor libre, sin obligarle a amar “por narices” ni introducirle a rastras en un hipotético camino de la vida. El Señor, en su bondad, nos invita a ese camino de la vida, un camino que va más allá de la mera existencia física o estancia en un monasterio, es la vida que cada cual decida tener en su experiencia interior.

Pues bien, a quien decida seguir ese camino de la vida, San Benito le recuerda lo que debe hacer. Primero llevar un mapa para no perderse, el mapa del Evangelio (*Tomando por guía el Evangelio*), siguiendo el camino que ahí se nos propone y que nos conducirá al Reino. Después ir con la ropa adecuada para emprender dicho viaje. ¿Cuál es el equipo que necesitamos? Sólo dos cosas se nos indica: hemos de ceñirnos con la fe y un buen corazón (*buenas obras*). La fe mantiene la esperanza a pesar de las muchas dificultades del camino, a pesar de los cansancios o de las caídas, a pesar de los nubarrones y de los miedos. La fe nos hace vivir en una paciencia confiada. La pureza de corazón son las piernas que nos permiten ir caminando según los mandatos del Señor, creciendo en el amor y la donación de uno mismo. No se trata tanto de hacer “obras buenas” que se puedan sumar en nuestro haber, sino vivir desde la bondad de Dios que ha sembrado en nosotros. Entonces seremos luz para los que nos contemplan aún sin darnos cuenta nosotros mismos.

Es importante tomar ese mapa y pertrecharnos de ese equipaje antes de emprender el camino, si no queremos oír las risas que tuvo que soportar el que comenzó una torre y no llegó a terminarla. Ahí el Señor nos recuerda también que miremos si tenemos suficiente dinero antes de echar los cimientos. ¿Y en qué consiste esa cuenta corriente abultada que nos permita terminar la torre o llegar al final del camino? Nos lo explica el Señor: *Del mismo modo, aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío* (Lc 14, 33). Y lo que “tenemos” no son sólo las cosas que nos rodean –lo que nos ha dado la vida y podemos perder fácilmente- sino aquello con lo que nacemos, eso que somos y que nadie nos puede quitar si nosotros no lo damos. Pues eso es lo que se nos pide para hacer el camino, la donación de uno mismo, vaciar las cuentas que nos dan seguridad para caminar con la única seguridad de la fe en Aquel que nos ha llamado.

Con frecuencia oímos hablar de “vocación” en nuestro contexto de fe. La vocación no es algo que cae como un meteorito sobre nosotros, sino que se inserta en una relación existencial. Para San Benito, el monje es el que busca a Dios, es decir, el que busca entrar en esa relación por haberse sentido invitado a ella. Por eso nos dice que la llamada divina sale a nuestro encuentro para que respondamos, adentrándonos en una relación que produce profunda paz. Bien sabemos que la paz radica dentro de cada uno. Fuera sólo puede haber ruido, presión,

incomodidades e, incluso, agresiones. Pero la paz radica dentro de nosotros. Podemos afrontar los momentos más difíciles con paz, y podemos afrontar los momentos de mayor bonanza exterior con verdadera turbación interior, fruto de nuestros miedos, presentimientos o pensamientos alocados. La paz brota de una relación confiada, de sabernos amados y sostenidos en ese amor, que es lo que nos proporciona la verdadera felicidad.

Es el momento en el que escuchamos la palabra silenciosa que nos dice *¡Aquí estoy!*, “haciendo dulce el camino de la vida”, como nos dice San Benito. La paz es, pues, un buen baremo para discernir el momento espiritual en que nos encontramos, pues la paz en Dios debiera orientar toda nuestra vida. ¿Qué nos turba?, podemos preguntarnos si es que nos falta la paz. No se trata de la paz que viene del sosiego que dan las seguridades, sino de la pacificación de nuestros miedos, nuestras dudas, nuestras dificultades, sin que tengan que desaparecer por ello, pero sí quedando iluminadas y sosegadas por la fe en la presencia de un Dios que siempre está ahí y nos dice *¡Aquí estoy!*, antes que lo invoquemos.

La paz a la que estamos llamados sólo puede brotar de la experiencia de esa presencia. Nuestro mundo está necesitado de personas que irradian esa paz, fruto de una presencia que es reflejo de la fe, la esperanza, la confianza de quien sabe que “todo lo puede en Aquel que le conforta”. Ante la pregunta “¿qué es un monje?”, nos vemos en la imposibilidad de definirlo por lo que hace, pues eso no lo define. Pero si pretendemos definirlo por lo que es, aún nos encontramos con más dificultad de expresarlo. Por eso, con frecuencia, nos contentamos con decir algunas cosas que hace el monje como reflejo de lo que es, invitando a averiguar por qué lo hace así. Una de las cosas más hermosas que podemos ofrecer y estamos llamados a vivir es la paz de la presencia de Dios. Un corazón pacificado –más allá del carácter nervioso o parsimonioso de cada cual- transmite por sí mismo esa presencia de Dios que lo sustenta. Es motivo de gran ayuda y suscita en los demás un deseo de volverse hacia el Dios que pacifica y en el cual todo tiene sentido.

Después de relatarnos cómo se realiza la vocación o llamada divina que sale a nuestro encuentro, San Benito nos habla de la meta a la que nos dirigimos: “habitar en su santo templo”, en la tienda del Reino. Para ello comenta el salmo 14. Nos dice: ***Si deseamos habitar en el tabernáculo de este reino, sepamos que no se llega a él a no ser que se vaya corriendo con las buenas obras.*** Es una realidad que se repite en todas las tradiciones espirituales: no hay verdadera mística sin una conversión de vida, sin un compromiso vital mediante las obras.

Lo que mejor define nuestra condición humana es la de caminantes. Somos peregrinos que están en continuo caminar. La misma Palabra encarnada quiso manifestarse con esa actitud de peregrino: *Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre* (Jn 16, 28). También Dios aparece nómada entre nómadas en el AT, habitando en una tienda como los hijos de Israel.

La actitud del caminante debe ser entusiasta, teniendo siempre delante la meta a la que se dirige, consultando con frecuencia el plano para no perderse, mirando atentamente el camino para no apartarse de él, preguntando a la gente del lugar para rectificar la ruta en caso necesario. A veces uno se sorprende que “torres tan altas”, que personas tan admiradas, que vocaciones tan sólidas y prometedoras se vengán abajo estrepitosamente. Otras veces nos sorprendemos que torres tan bajas, que personas tan limitadas, que vocaciones no tan sólidas perseveren en el camino. Sin duda que las cualidades personales pueden capacitarnos más o menos para hacer el camino, pero ellas no bastan por sí mismas. Hay un gran peligro que nos acecha, especialmente a los que están mejor equipados: la falta de humildad, el creer que ellos solos pueden llegar a la meta sin ayuda, sin consejo, sin crítica. ¡Cuántas veces nuestra arrogancia nos ha cerrado hermosos caminos que la Providencia nos tenía reservados! La soberbia nos

desfigura la realidad, nos fabrica una autoestima que, paradójicamente, suele construirse de forma artificial cuando no existe, como hace el ignorante al pretender mostrar una sabiduría de la que carece, tan distante de la actitud humilde del verdadero sabio. El autoengaño, la falta de honestidad, la corrección que posponemos en nosotros e intentamos compensar con la que hacemos a los demás, nos puede ir enfriando y apartando de nuestra verdad, hasta que escuchamos la voz del que nos llama y nos disponemos a hacer el camino yendo tras los pasos del Maestro y la guía humilde de los hermanos.

La vida del caminante es intensa y añora alcanzar la meta. A todos nos resulta difícil mantener la tensión por mucho tiempo, por eso podemos dormirnos un poco, comenzar a vegetar en un supuesto “dejarnos hacer” que parece no dar mucho fruto. Es cierto que lo más importante es dejarse hacer por la gracia, pero el sueño y la parálisis pueden venir con facilidad si no nos vamos poniendo pequeñas metas que mantengan nuestro entusiasmo en el camino, y con él nuestro deseo de llegar a la meta última: “habitar en la tienda del reino de Dios”. Son las pequeñas metas de la entrega personal, de la fidelidad a la oración, de la lucha por el dominio de nuestras pasiones y la orientación de nuestras emociones, el ejercicio del perdón y el amor fraternos, la búsqueda por incrementar una mayor unidad y mejorar las relaciones, etc. Los fundadores y carismáticos arrastraban a muchos porque les ofrecían un camino que merecía la pena. Las dificultades no suelen arredrar si la meta y el camino son valiosos. Y cuando uno está ilusionado con el camino que sigue y ha visto sus frutos en él y en otros, se siente impulsado a comunicarlo, a hacer a otros partícipes del tesoro recibido.

No se trata de ser iluminados ni combatientes que se enfrascan en una cruzada contra el mundo, sino de personas entusiastas y agradecidas por lo que han recibido y que desean que otros puedan participar de ello. Esa actitud transmisora o misionera es fecunda en nuestro propio interior. Quien se reserva para estar bien abastecido antes de comenzar a dar es como el avaro del que nos habla Bernanos, que sólo da las rentas de sus rentas. Quien con gozo empieza a dar antes, arriesgando su capital, movido sólo por el deseo de compartir lo que ha recibido para enriquecer a otros, recibe en sí mismo la riqueza al ver acrecentar su deseo, su entusiasmo, e incluso la fe en aquello que hace. Perdemos parte de lo que tenemos pero incrementamos la fuerza del espíritu para adquirir mucho más. Así como sólo se aprende verdaderamente cuando tenemos que enseñar a otros, así sólo alcanzamos la plenitud de nuestra vocación cuando somos capaces de transmitirla. Por eso es tan esencial la evangelización para el cristiano. Por eso Pablo VI invitaba a las iglesias jóvenes enviar también ellas misioneros a otros lugares, sin esperar únicamente ser ayudados por otras iglesias mayores.

También en nuestro camino vamos aprendiendo mientras enseñamos y vamos ayudando a otros mientras somos ayudados por ellos. Esto nos deja aún más claro quién es el único Maestro que nos conduce a todos hacia la meta que es él mismo.

Responder a la llamada divina que se nos hace en el prólogo de la RB es responder a la llamada a seguir a Cristo. Los hijos se asemejan a los padres, se les reconoce por su parecido con ellos, así mismo los cristianos debiéramos ser reconocidos como tales por nuestro parecido con Jesucristo. Estamos invitados a adentrarnos en su Reino o, lo que es lo mismo, a introducirnos en su templo –tienda-, pues su Reino no está aquí o allá, sino ahí donde se encuentra el mismo Jesús, el Cordero de Dios, tal y como nos lo recuerda el libro del Apocalipsis: en la Jerusalén celeste *no vi Templo alguno, porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Templo* (Ap 21, 22).

La “tienda del encuentro” es una tienda nómada (AT) y al mismo tiempo habitable, pues se encuentra en cada uno de nosotros. Es como decir: ¿quién puede habitar en sí mismo?,

¿quién puede ser él mismo?, ¿quién puede ser aquello para lo que fue creado?, ¿quién puede alcanzar la meta para la cual ha sido llamado? Algo de eso se da cuando Cristo habita en nosotros y nosotros en él.

La vida del monje es un caminar hacia dentro, no hacia fuera. Es un caminar hacia dentro que le permite ver la presencia de Dios en todo lo que hay fuera, y que le capacita para entrar en comunión y unidad con todo y con todos. ¡Qué diferente es la comunión interesada de la comunión que brota del corazón, que se sustenta en la paz consigo mismo, que busca entrar en relación con los otros en gratuidad y no por interés!

La comunión sólo se puede dar cuando el camino ha sido purificado en las dificultades, la oscuridad, la monotonía, el cansancio. Cuando hemos aprendido a recorrerlo con Dios solo, desprovistos de tantos medios que considerábamos imprescindibles para responder a la llamada recibida. Cuando llegamos a darnos cuenta que lo único necesario es llevar por guía el Evangelio, pues *El mundo se desvanece y con él todos sus atractivos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.*

La meta del camino es habitar en su monte santo, tener la experiencia del Dios vivo. Para hablarnos de esa meta San Benito recurre, como he dicho, al salmo 14: ***Pero preguntemos al Señor con el profeta: “Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?***

Es la pregunta ritual que hacía el peregrino que llegaba a las puertas del templo antes de entrar en él. Es preguntar al portero: ¿puedo entrar?, ¿se necesita algo para poder entrar? El sacerdote responde con una lista de mandamientos que el hombre debe cumplir para tener acceso a la presencia de Dios, todos ellos relacionados con el prójimo. En la RB quien responde es Cristo.

Nosotros pedimos habitar en la casa del Padre. *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*, nos recuerda San Juan. *Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*, porque sus obras eran malas. Ahora nosotros manifestamos el deseo de habitar en la casa del Señor, de vivir con el Verbo, “mirando (orientados) hacia Dios” y así ser lo que somos, aquello para lo que hemos sido creados, imagen de Dios.

Habitar es mucho más que estar. El que habita se adapta a su entorno, lo hace suyo, su propio *hábitat*. Al Hijo de Dios no lo recibimos porque no teníamos la tienda preparada para él, por lo que incluso tuvo que morir fuera de los muros de Jerusalén. ¿Cómo poder, entonces, habitar nosotros en su casa? Era necesario que él viniera para anunciarnos su Reino, invitarnos a él y capacitarnos con su Espíritu. También era necesario que él ascendiese primero a la casa del Padre para prepararnos allí una morada, pues según sean los invitados así se les prepara el alojamiento. A nosotros nos lo preparó por la redención, devolviendo a Dios el hombre en su estado puro, en la perfecta imagen divina, pues Cristo, el *Ecce homo* debilitado hasta el extremo ante los poderes de este mundo (Pilato), es el verdadero hombre y la verdadera imagen de Dios, que arrastra tras de sí a todos aquellos por los que dio la vida.

Habitar en su casa nos exige ponernos sus vestidos, seguir su camino, vivir según su Espíritu, que nos lo envió para que nos lo enseñara todo, nos hiciera comprender lo que tantas veces oímos sin comprender y miramos sin ver. El monasterio es el prototipo de la casa de Dios para los monjes y, por consiguiente, exige cumplir las condiciones que impone el señor de la casa. ¿Qué nos pide? ***Después de esta pregunta, hermanos, escuchemos al Señor que nos responde y nos muestra el camino de su morada, diciendo: “Aquel que anda sin pecado y practica la justicia; el que dice la verdad en su corazón, el que no engañó con su lengua; el que***

no hizo mal a su prójimo ni presta oídos a infamias contra su semejante”

Sólo habitará en su casa quien evita el mal, el pecado, y hace el bien, la justicia, el que es sincero de corazón y no engaña con su lengua, el que no hace mal a su prójimo ni presta oídos a difamaciones ni admite ultrajes contra sus hermanos.

No todo lo que hay en una casa habita en ella. Puede haber muchos objetos que simplemente están de adorno. También hay animales de compañía, quizá personal de servicio asalariado e, incluso, podemos encontrar intrusos y parásitos, o animalitos que se aprovechan (arañas, cucarachas, ratones); pero habitar, lo que se dice habitar, sólo se puede decir de la familia, pues esa es “su” casa. Igual sucede en la casa de Dios que es el monasterio y cada uno de nosotros. Si vivimos como hijos, aprendiendo de nuestro Padre y dejándonos hacer por él, entonces habitamos en su casa. Si sólo buscamos alimentarnos con migajas y restos, escondiéndonos por las esquinas, aprovechándonos de los demás y chupando como mosquitos su sangre, entonces es que no pasamos de ser pequeños parásitos que estamos en la casa de Dios. Como si vivimos con mil temores sin verdadero amor, entonces nos quedamos en simples siervos que trabajan pero no disfrutan del amor del Padre.

Quien rechaza el pecado y practica la justicia, se nos dice. Ambas cosas son lo mismo, pues el pecado es el rechazo de la justicia, y la justicia excluye el pecado. La ley del Señor es sencilla y clara: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Y continúa diciendo, *quien es sincero de corazón y no engaña con su lengua*. Quien se esconde no se considera miembro de la familia, sino un ladrón. Quien engaña con su lengua tiene algo que esconder o busca el mal de su prójimo, rechazando así vivir como hijo. El hijo que se siente amado, nada esconde, aunque le duela que su pecado quede manifiesto. Y como la lengua habla de lo que abunda el corazón, quien desea vivir en la verdad hablará con sinceridad de corazón, pero quien vive en la mentira, engañará con su lengua y con sus obras con tanta facilidad que llegará a perder conciencia de ello. Es el camino que se desliza más y más a una mentira existencial, perdiendo hasta el sentimiento de culpa.

Finalmente, nos dice el Maestro: *habitará en mi casa quien no hace mal a su prójimo ni admite ultrajes (infamias) contra él*. Esto sólo lo puede hacer el que se ha dejado transformar. ¿Cómo pretender que alguien ame y no maltrate a sus hermanos sin que primero se transforme su corazón desde la experiencia de Dios? Eso sólo sería posible si se le trata como un esclavo o un animal, siempre con el palo del castigo en la mano, actuando por temor y no por amor. Sólo podemos evitar hacer el mal al hermano cuando lo amamos. Todos somos delicados con aquello que apreciamos y valoramos, y mucho más si lo consideramos nuestro. ¡Qué tristeza nos produce cuando vemos entre hermanos, hijos de un mismo Padre, la presencia del maltrato, miradas despectivas, recriminaciones amenazantes o intentos de hacer daño recordando cosas pasadas, desfigurándolas, acusando e, incluso, difamando, comentando con otros los posibles fallos o faltas que han podido ver en alguno, que de tanto exagerarlos terminan pasando de difamación a calumnia! A veces se justifica esa actitud con un pretendido deseo que el otro cambie. Es un mal que todos debemos combatir con firmeza, pues termina dañando como si de una plaga se tratase. ¿Cómo? Con el otro requisito que nos pide el Señor para habitar en su casa: *no prestar oídos a infamias contra el hermano, o, como otros traducen, no admitir ultrajes contra ellos*. El amor sabe hacer de colchón que amortigua los golpes y ahoga los ruidos.

En una casa es muy importante que haya una buena instalación contra incendios. El fuego no siempre es posible evitar, siempre puede haber algún despiste. Pero si la casa está bien provista de un sistema anti-incendios está más segura. Ese sistema preventivo en la casa del Señor somos cada uno de nosotros cuando actuamos como un prudente extintor ante el fuego que pueda salir de la boca del que habla mal de los demás, con o sin razón aparente, pues el

amor nunca habla mal de terceros. La crítica sólo destruye: a uno mismo, al que escucha y a aquel de quien se habla; corroe las buenas relaciones y destruye la paz de los hermanos. No admitir ultrajes contra los hermanos es hacer oídos sordos en el interior y en el exterior, manifestando al hermano que habla mal que no quiero saber nada de lo que me critica, que las formas para arreglar lo que esté mal son otras muy distintas a la murmuración; una murmuración que, con harta frecuencia, termina convirtiéndose en calumnia, por el afán que tiene el ser humano de exagerar, de dar importancia a lo que no lo tiene, para darse importancia a sí mismo, pasando por un mensajero atento y bien informado de todo.

El monasterio es la casa de Dios si el espíritu de Dios habita en él y en cada uno de sus moradores. San Benito quería evitar que en el monasterio se entristeciera nadie (RB 31, 19. 6; 35, 3; 48, 7; 54, 4, etc.), ni aun los que han sido castigados (RB 27, 3). Quienes habitan en la casa de Dios se deben caracterizar por su justicia misericordiosa, su honestidad, su compasión. Y si nos vemos con dificultades para evitar el daño a los demás, resarcamos con actos positivos de amor, haciendo el bien que esté a nuestro alcance en los múltiples momentos de la jornada, animando y reconociendo el trabajo y las cualidades ajenas, siendo diligentes ante las necesidades de los demás, mostrando interés por todos y cada uno, mostrando alegría y gozo de vivir los unos con los otros, etc. La maledicencia mina el amor y la buena convivencia, mientras que el “bien decir” y la entrega acrecienta el gozo de vivir unidos. Nada está hecho del todo. Las relaciones humanas exigen una continua edificación. Muchas familias y comunidades se rompen por olvidarse de trabajar esto día a día, en las cosas más sencillas.

Eso debiera ser así, pero la verdad es que todo el que comienza el camino se peca más pronto que tarde que debe hacer un proceso de conversión que necesita tanto de la gracia divina como del propio esfuerzo y determinación. San Benito va a lo esencial, el corazón. Las normas externas no son más que andadores que nos sirven de apoyo o reflejo de lo que llevamos dentro. Lo importante es la decisión del corazón. La verdadera batalla se entabla en el corazón.

El Prólogo alude al que desea habitar en la casa de Dios en estos términos: ***el que, cuando el Malo, el diablo, le sugiere alguna cosa, inmediatamente le rechaza a él y a su sugerencia apartándolos de su corazón, los reduce a la nada, y, agarrando sus pensamientos, apenas nacidos, los estrella contra Cristo.***

En otro lugar San Benito habla también de extirpar los vicios nada más que nazcan (RB 64, 14). Aquí alude a ese salmo que tanto hiere nuestra sensibilidad (salmo 136) cuando en el destierro de Babilonia, que prefigura el mal -nuestra “no casa”-, debemos estrellar a sus hijos recién nacidos en nosotros contra la roca que es Cristo.

En el combate espiritual necesitamos armas espirituales. Cristo es nuestra fuerza y nuestra roca, donde afianzarnos, donde “ablandar” (como cuando se amasa) la altivez humana hasta alcanzar la mansedumbre y la humildad, donde estrellar todo aquello que nos esclaviza y nos aparta de Dios y de los demás. El salmo 136, en su interpretación espiritual, entiende del mismo modo esos niños, hijos de Babilonia, instigación del pecado que nos seduce, y que se han de estrellar contra nuestra roca de salvación que es Cristo. Es el arma que utilizaban los monjes antiguos al practicar la oración de Jesús (repetición del nombre de Jesús pidiendo su gracia) que pacifica el alma inquieta por sus deseos desordenados. Es el arma que todos tenemos a nuestro alcance cuando nos acercamos al sacramento del encuentro con la misericordia divina, al sacramento de la reconciliación, donde la roca de Cristo no sólo nos limpia de nuestros pecados, sino que nos hace más dúctiles por la humildad al reconocerlos y nos fortalece con su espíritu de misericordia.

No basta con rechazar el mal, sino que debemos trabajar por combatirlo con las armas

apropiadas; pero antes nos las tienen que dar. Cuando uno se ve esclavizado por cualquier debilidad y se le dice: “no debes hacer eso”, pero no se le dan las armas para combatirlo, le producimos un sentimiento de frustración muy grande.

Somos hijos de nuestro tiempo y no estamos exentos de utilizar unos medios que, aun teniendo su valor, no dejan de estar viciados por la cultura del momento y ser una reacción a métodos de antaño igualmente cuestionables. El respeto a la persona y la exaltación del individuo del que otra vez hemos hablado, el deseo de autorrealización o un cierto narcisismo como expresión popularizada de eso mismo, nos pueden llevar no pocas veces a aliarnos con el enemigo en vez de combatirlo, sufriendo así más de lo debido. El hombre moderno se caracterizaba por la figura de Prometeo, lleno de ideales y luchador, aunque sólo fuese para arrebatarse el fuego a los dioses y hacerse él mismo como ellos. Pero la experiencia le abajó esos ideales y le hizo descubrir que nos asemejamos más a Sísifo, condenado a subir eternamente una gran piedra a la cima del monte para, una vez ahí, rodar de nuevo hacia abajo para volver a empezar una vez más la ascensión. ¿No es como nos sentimos cuando una y otra vez caemos en lo mismo? Tanta lucha aparentemente inútil nos hace cambiar de idea y decir con Narciso: me importan pocos los dioses, me importa poco la cima, yo soy muy bello, basta con que me contemple en el espejo y disfrute de la piedra aquí abajo, ¿para qué subirla? Por eso no son pocos los que recomendaban a los padres no contradecir a los hijos, dejarles que vayan creciendo sin prohibiciones que les puedan traumatizar, y hoy día se lamentan.

Sin duda que la espiritualidad del “negarse a sí mismo” como visión negativa de nuestra corporeidad, esconde una filosofía que es dañina por ser desencarnada y que hoy es impresentable salvo en círculos pequeños y cerrados. Pero igualmente dañina es la que confunde el lastre que nos frena con las alas que nos pueden hacer volar. San Pablo nos recuerda en la carta a los Gálatas: *Para que seamos libres, nos ha liberado Cristo. Permaneced, pues firmes y no os dejéis someter de nuevo al yugo de la esclavitud... Por tanto os digo: Caminad según el Espíritu y no os dejéis arrastrar por los apetitos desordenados. Porque esos apetitos actúan contra el Espíritu y el Espíritu contra ellos. Se trata de cosas contrarias entre sí, que os impedirán hacer lo que sería vuestro deseo... Y las consecuencias de esos apetitos desordenados son bien conocidas: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoísmo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes... En cambio, los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo (Gál 5).*

Necesitamos resistir al mal, pero también hacerle frente con humildad. Por eso nos sigue diciendo San Benito: ***Los que así proceden son los temerosos del Señor, no se envanecen por la rectitud de su comportamiento, antes bien, considerando que no pueden realizar nada por sí mismos, sino por el Señor, proclaman su grandeza diciendo lo mismo que el profeta: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria”***

Efectivamente, cuando hemos dejado de ser autocomplacientes narcisos, cuando tampoco pretendemos ser arrogantes prometeos ni voluntariosos sísifos, sino que nos subimos a la roca que es Cristo y nos dejamos transformar por ella, entonces experimentamos que es ella misma la que nos sube junto con nuestra carga, ofreciéndonos la docilidad de los humildes, la sabiduría de los sencillos, la riqueza de los pobres, la fortaleza de los débiles. ¡Ay de nosotros cuando creemos que sabemos! ¡Ay de nosotros cuando estamos muy seguros de nosotros mismos y buscamos en las artimañas humanas nuestra seguridad! ¡Ay de nosotros cuando no nos tiembla el pulso a la hora de interpretar la palabra de Dios haciéndole decir “lo que debe decir”, en lugar de contemplarla y dejarnos hacer por ella aunque a veces no la entendamos del todo!

Cuando estamos asentados en Cristo como nuestra roca y él está en medio de nosotros, nada podrá hacernos daño. Pero si nos dejamos atrapar por los narcisos que llaman a nuestra puerta nos toparemos con la debilidad de nuestra fuerza, con la soledad de nuestro ego, con la ineficiencia de nuestros planes. Sin duda que vivimos en un tiempo más narcisista que prometeico, más autocomplaciente que idealista, pero también es cierto que la crisis por la que estamos pasando algo va a cambiar las cosas y debemos verlo como una oportunidad. Es una crisis nacida de un narcisismo falto de valores, de la ilusión de un supuesto poder y una inagotable riqueza que se ha diluido rápidamente por no ser más que la mentira de unos intereses mezquinos, intereses que al intentar ahora no perderse, cierran la vía de salida a un crecimiento que pudiera corregir los desaguisados cometidos, cerrando el paso también al futuro de tanta gente honesta e inocente. Necesitamos estar apoyados en algo más sólido que nosotros mismos sin despreciar lo que somos.

La espiritualidad que nos propone San Benito es trabajosa, pero, al mismo tiempo, nos invita a abandonarnos completamente en manos de Dios. ¿De qué manera? ¿Con una actitud meramente pasiva? La expresión sálmica que trae a colación lo dice todo: *“No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria”* (salmo 113, 9). Cuando nuestro centro es el Señor, no cabe lugar al envanecimiento ni a la pereza.

El patriarca de los monjes de occidente continúa abundando en la idea al decirnos: ***Igual que el apóstol Pablo tampoco se atribuyó a sí mismo éxito alguno de su predicación cuando dijo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”. Y vuelve a decir él mismo: “El que se gloría, que se gloríe en el Señor”. Por eso dice también el Señor en el Evangelio: “El que escucha estas palabras mías y las pone por obra, lo compararé al hombre sensato que edificó su casa sobre piedra; vinieron riadas, soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa, pero no se hundió, porque estaba cimentada en la piedra”.***

En este párrafo se nos presenta una de las bases esenciales de toda espiritualidad duradera. San Benito recoge el broche conclusivo con que el Señor cierra el sermón de la montaña en el evangelio según San Mateo (Mt 5-7), cuando nos habla del cimiento sobre el que edificamos. Jesús nos ha presentado el camino a seguir, la “nueva ley” que nos da como “nuevo Moisés” desde la montaña. La nueva ley que comienza reclamando las bienaventuranzas divinas para los últimos, para los pobres y los que sufren. Nos ha recordado que la ley de Dios no basta cumplirla exteriormente, sino en el corazón; que hemos de amar a todos como nuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos; que hemos de vivir confiados en el amor del Padre que viste las flores y da de comer a las aves; que hemos de orar, ayunar y dar limosna; etc. Quien escuche y cumpla todo eso estará edificando su casa sobre roca; los demás edifican sobre arena.

San Benito va a aplicar ese final del sermón de la montaña a su advertencia de que no nos atribuyamos a nosotros ningún mérito, sino sólo al Señor, de quien todo nos viene. Sin duda que podemos sentir una cierta rebeldía y decir: “sí, sí, todo viene del Señor, pero como yo no me mueva...” Un gran error que cometemos es que casi siempre vivimos la vida de forma “enfrentada” y un tanto maniquea, de donde nos vienen muchos sufrimientos inútiles, una visión chata de la realidad o un futuro incierto y desesperanzador. Enseguida nos dividimos entre buenos y malos, y nosotros siempre nos colocamos con los buenos. Y eso lo terminamos aplicando a todas las facetas de nuestra vida, también a la espiritual, incluso en nuestra relación con Dios.

Precisamente la vida monástica busca evitar esa visión de las cosas, ir a la raíz de todo, a su origen y esencia, donde todo es uno sin confusión. Nos “enfrentamos” porque nos ponemos enfrente del otro o ponemos al otro enfrente de nosotros. La única forma de evitar eso es vivir

en la unidad. La unidad elimina el “enfrentamiento”, pues nadie está delante o detrás de sí mismo. Respecto al tema que nos ocupa, podemos hablar de la actuación de Dios y de la nuestra de forma separada o podemos hablar de la actuación de Dios en nosotros y de nosotros en Dios. Cuando se da la unidad, desaparece la dualidad. Desaparece todo planteamiento asentado en el protagonismo. Sí, a Dios corresponde todo honor, gloria y poder, y nada más que a él. Pero nosotros disfrutamos de todo ese honor, gloria y poder porque vivimos en el Señor, como la “imagen” disfruta de todas las prerrogativas del “modelo”, sin pretender ser anterior o distinto al él.

Vivir así es edificar sobre roca. No vivir así, es edificar sobre arena. “Nuestras” buenas obras son arrastradas fácilmente por los vientos y las corrientes, haciéndonos sentir muy frágiles en ciertos momentos de la vida. ¿Quién no ha experimentado alguna vez la sensación de no haber sabido hacer bien las cosas, de haber perdido el tiempo o incluso la propia vida? ¡Cuántos padres experimentan la frustración de “no haber sabido educar bien a sus hijos”! ¡Cuántos se han sentido fracasados en los diversos aspectos de la vida, laboral, afectiva o espiritualmente! Ese sentimiento puede venir, pero lejos de permitir que sea causa de abatimiento, debemos tomarlo como ocasión para reflexionar dónde hemos asentado la casa que estamos edificando. Quien está asentado en la roca que es Cristo y en él pone su descanso, ese tal mira en profundidad más que en lontananza. Contempla desde la insondable mirada de Dios que va más allá de las obras y los tiempos, que mira a la persona, su corazón, su dignidad, con una infinita paciencia, sabiendo ver en la obra inacabada la belleza última, pues en el todo del Uno, el principio y el final se dan de la mano. Eso sólo lo podemos vivir trascendiendo nuestro propio tiempo y espacio, viviendo en el eterno presente de Dios. Esa es la roca donde nuestras buenas obras encuentran su origen y su fin, donde no hay lugar a la desesperanza, donde nos zambullimos en la Vida y el Amor que no tienen ocaso. Es entonces cuando cualquier acto nuestro de amor no se puede separar del Amor, cuando cualquier acto vital no se puede mirar separado de la Vida. Es entonces cuando deja de haber lugar para el envanecimiento por nuestras obras ni para las falsas humildades que nos denigran; simplemente se reconoce el origen que nos mueve, por el que nos movemos y en el que nos movemos. Y nuestra gloria se acrecienta en la medida en que reconocemos la gloria de Dios en la que vivimos.

El monje es un buscador de Dios, se nos dice. Pero no un buscador que busca fuera, sino que debe escuchar al Maestro interior dentro, para que todas sus obras sean fruto de esa experiencia. Quien se centra en “hacer” cosas o en pretender metas, se mantiene en una espiritualidad enfrentada. Quien escucha la voz del Señor dentro de sí, simplemente se deja transformar, haciendo lo que sea y caminando por donde sea, pues eso ya no tiene tanto valor como la fuente en la que vive y por lo que actúa. Más que buscar a Dios hay que descubrir a Dios, pues él ya está en nosotros. Tomar conciencia de esto cambia la vida. Quien se para a reflexionar de quién es la gloria, no ha descubierto esa realidad. Quien vive en la soberbia, la prepotencia, la envidia, la falta de amor, ciertamente que vive en un calvario por no haber conocido la Vida de Dios en la que se encuentra, perdiendo el tiempo en la búsqueda enojada de unas gafas que lleva puestas.

Vivimos en el tiempo y el espacio y necesitamos “hacer” cosas, pero no contabilizar cosas. Quien contabiliza, suma sin poder llegar nunca a la totalidad del infinito. Quien descubre lo que “es” y en Quién es, descubre la infinitud del acto más insignificante.

Si la actitud del monje se debe caracterizar por la escucha, eso significa que quien ha sido escuchado espera que dicha escucha obtenga una respuesta, se concrete en obras. Por eso San Benito continúa diciendo: ***Al terminar estas palabras, espera el Señor que cada día respondamos con obras a sus santas exhortaciones. Por eso se nos conceden como tregua los días de esta vida, para enmendarnos de nuestros males, según dice el Apóstol: “¿Acaso no***

sabes que la paciencia de Dios te está empujando a la penitencia?” En efecto, el Señor piadoso dice: “No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”.

Hermosas palabras, sin duda alguna, pero sobre todo nos interesa lo que subyace en ellas. Cuando el que tenemos delante es completamente extraño a nosotros, fácilmente exigimos pena para sus desmanes y reclamamos una justicia que no pasa de ser venganza. Cuando el que tenemos delante nos es ajeno, distante, no alcanzamos a ver más allá de sus obras, juzgándolas según la molestia y perjuicio que me ocasionan, arrastrando sin miramientos a la persona tras la maldad de sus obras. Pero cuando el que tenemos delante es un verdadero prójimo, alguien próximo a nosotros, cercano y hasta propio, entonces nos resulta imposible dissociar sus obras, por muy malas que sean, de su persona. Al hacer esto en un primer momento, se nos mueven las entrañas y procuramos luego separar las malas obras de la persona misma, ahora para salvar a ésta. Si en el primer caso no encontramos nada para justificarla, en el segundo nos brotan las justificaciones que puedan servir siquiera de atenuante. Pero si, además, ese prójimo es fruto de mis entrañas, entonces no alcanzamos a encontrar otra salida que pedir para él una nueva oportunidad si es que no hay justificación posible.

Esta parece ser la mirada que tiene sobre nosotros *el Señor piadoso que dice: “No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”*. Efectivamente, Dios no se ciega ante nuestro pecado, sino que busca nuestra recuperación. Es el tiempo de la paciencia de Dios, el tiempo de la propia existencia. No es cuestión de que lo veamos como el tiempo que dan los bancos para pagar la hipoteca adeudada. El creador de todo no necesita cosa alguna de su creatura. Incluso la deuda de su pecado ya está pagada. Sólo quiere lo que sólo nosotros podemos dar: volver de nuevo nuestros ojos a Él. Sólo nosotros lo podemos hacer porque nos hizo libres. En el fondo ese sería el reconocimiento pleno de su obra creadora, pues para eso nos creó, para vivir desde Él. Y si nos da el tiempo de gracia es porque está en ello nuestra propia “salvación”, la plenitud de nuestra vida.

Apropiarse de lo ajeno es un delito. Apropiarse o maltratar lo que se nos presta para que lo disfrutemos y acrecentemos, también es un delito. La vida no nos pertenece, sino que la hemos recibido. Por eso el quinto mandamiento nos recuerda: “no matarás”. La vida que ahora disfrutamos es una participación de la Vida en el tiempo, anticipo de la participación plena de la Vida que no se acaba. Somos responsables de lo que hacemos con nuestra vida. Dios no quiere nuestra muerte, por eso nos invita a vivir con esa sabiduría que nos encamina a la vida plena. Cuando miramos atrás son muchos los recuerdos y sentimientos que nos vienen, preguntándonos cómo hemos vivido y cómo podríamos haberlo hecho. Ahora nos queda mirar todavía el tiempo de vida que nos resta y decidir cómo queremos vivirla. Del anciano se espera la sabiduría, la profundidad, el equilibrio, la bondad, en resumen una vida más plena aunque haya perdido la fortaleza juvenil. Su carrera ya no es rápida, sino “de fondo”, duradera y resistente. De él esperamos que haya aprendido algo de la vida y que su experiencia nos pueda iluminar a nosotros en nuestro camino.

La vida es una ocasión de crecimiento, “*para enmendarnos de nuestros males*”. Solemos recurrir a la expresión “somos humanos” para dar a entender que somos limitados, que nos equivocamos, que tenemos debilidades y esclavitudes. Asumimos que padecemos males. Hasta ahí todos estamos en la misma situación. Lo importante es la respuesta libre que cada uno da ante esa realidad. Hay quien puede decir: tengo una vida por delante para seguir disfrutando de ella como quiera, sin apartarme de unos males que, aunque me esclavicen, me producen también cierta satisfacción –“a vivir, que son dos días”-. Otros pueden optar por estar lamentándose en un rincón de sus males y de la poca cosa que son. Es fácil que también perdamos el tiempo echando la culpa de nuestros males a los demás o a nuestra mala suerte. El Señor, sin embargo, nos invita a despertar de nuestro sueño y a contemplar la vida como una

oportunidad para transformar los males en bienes. La vida es un precioso tiempo para que colaboremos con el Creador en la transformación de todo –comenzando por nosotros mismos–, en el sometimiento de todo mal, en la creación de cosas nuevas e insospechadas. Y en esta tarea no estamos solos. El Señor de la vida quiere que vivamos y ahí está sosteniendo a los que le escuchan y están prontos a responder a sus exhortaciones.

Es importante pasar por la vida aprendiendo algo de ella. ¡Qué triste es perderla adormecidos por tantos narcóticos que se nos ofrecen en este mundo de la comunicación! Si cierta información es importante, el exceso y una superficialidad acelerada de la misma embotan y confunden el entendimiento, necesitado de tiempo para la reflexión. Si las expresiones artísticas en cualquier modalidad audiovisual pueden ser provechosas, hay que estar atentos para no caer en una dependencia que justificamos mientras nos adormece y aleja de la realidad que pretendemos conocer a través de ellas. Si las relaciones interpersonales son importantes, hay que mirar con discernimiento la búsqueda obsesiva de “amistades” virtuales en unas redes sociales que permiten una relación superficial, placebo que alivia el temor a la soledad o al simple estar solos con nosotros mismos. La vida se vive no por lo que nos cuentan de ella, sino por nuestra respuesta ante ella.

Los sentidos los tenemos como puertas y ventanas donde fluye la vida de dentro a fuera y de fuera a dentro. Los sentidos necesitan estar liberados para que la vida fluya y aprendamos de ella. Cuando embotamos los sentidos con el mucho ruido, la mucha comida, la codicia ante los bienes, etc., nos cerramos al fluir de la vida y la pasamos sin aprender de ella, confundiendo la vida con la necesidad de alimentar esos sentidos cada vez más embotados.

El tiempo que nos da el Señor de la vida es para que gocemos de sus obras y afrontemos todo desde la vida que nos viene de Él. La vida está dentro de nosotros, porque dentro de nosotros está ese Maestro interior que nos enseña y nos hace participar de su espíritu, aliento de vida. No son las cosas las que nos dan vida, sino que nosotros damos vida a las cosas cuando la verdadera vida habita en nosotros. Quien vive desde el espíritu produce vida a su alrededor y disfruta de todo sin que nada le produzca la muerte verdadera, aunque la padezca. A quien da la vida, nadie se la puede quitar. Pero esa vida que damos es la prestada en el tiempo, que hace crecer en nosotros, a la vez que la ofrecemos, la vida que no tiene fin.

Dado que es tan hermoso el don que hemos recibido, aprovechemos este tiempo para alejarnos de la muerte en vida y disfrutemos de la verdadera vida que pasa por la muerte sin quedarse en ella. Nuestro arrepentimiento del mal uso que hacemos de la vida nos lleva a la conversión que, tras un penoso esfuerzo, nos abre la puerta a la vida que nos permite vivir días felices.

Después de exponernos San Benito qué hemos de hacer para habitar en la tienda de Dios, en su reino, a saber, escuchar su voz y responder con diligencia yendo por el camino de las buenas obras, emplea el lenguaje de la milicia. El camino espiritual del monje no es una mera experiencia placentera que nos emboya y paraliza, aunque algunos puedan creer que es así. El que busca a Dios debe comprometerse en la vida siguiendo el camino de las buenas obras, transformando la realidad que se le presenta. Más todavía. No basta con hacer buenas obras, sino que San Benito quiere que nuestro hacer sea expresión de nuestro ser: debemos ser militantes, enrolados en la milicia de Cristo. Con ese lenguaje resalta el sentido de pertenencia y una actitud activa, que anhela y se empeña en lo que busca.

Hemos preguntado al Señor, hermanos, quién es el que podrá habitar en su tienda y le hemos escuchado cuáles son las condiciones para poder morar en ella: cumplir los deberes del que vive allí. Por tanto, debemos disponer nuestros corazones y nuestros cuerpos para militar

en la santa obediencia de sus preceptos.

Es esencial para todo soldado saber dónde está el frente, dónde tiene que combatir. Los soldados despistados que se adormecen o combaten a sus aliados no resultan muy útiles. San Benito centra nuestra militancia en un solo frente: la obediencia, la obediencia a los preceptos del Señor, de ahí la necesidad de una buena escucha. Nuestra militancia no trata de apropiarse de bienes ajenos ni conquistar sus tierras, sino de mantenernos en la casa que se nos da, habitando dignamente en el reino que se nos ofrece, evitando que la imagen del invitado desdiga del Modelo del dueño de la casa. Por eso el combate al que se nos llama se entabla en el propio corazón. No se encuentra fuera de nosotros, sino dentro. Desviar la mirada nos pone en riesgo de combatir a los amigos, a los hermanos. Cuando Jesús nos pide sacar primero la viga de nuestro ojo antes de pretender ayudar al hermano a quitar la mota del suyo, es una clara invitación a hacer primero el camino del propio corazón, entablar nuestro principal combate para poder ver y ayudar certeramente.

Y como esto no es posible para nuestra naturaleza sola –nos sigue diciendo-, hemos de pedirle al Señor que se digne concedernos la ayuda de su gracia. Y si, huyendo de las penas del infierno, deseamos llegar a la vida eterna, mientras todavía es posible y estamos en este cuerpo y nos es dado cumplir todas estas cosas a la luz de la presente vida, es preciso ahora correr y poner por obra lo que nos aprovechará para siempre.

El soldado se esfuerza en la batalla, pero sabe que él sólo no puede vencer. La victoria es de todos y en ella tiene un papel preponderante quien está al frente y organiza el combate. San Benito nos recuerda una vez más que estamos llamados a esforzarnos, pero que nosotros solos no podemos. La gracia viene en nuestra ayuda. Pero ¿cómo se manifiesta la gracia? La gracia actúa desde lo profundo de nosotros, es una invitación a trabajar al unísono con ella, una sinergia espiritual. Pero requiere una preparación del terreno, una docilidad que haga fecunda su actividad en nosotros, la semilla sembrada. La gracia brota en el propio corazón, pero también lo hace en el corazón de la comunidad, ese cuerpo místico del Señor al que pertenecemos.

Es importante ser conscientes de nuestros límites y abrazarlos con humildad. Cuando esto sucede, nos hacemos receptivos a la ayuda de los demás. La gracia puede estar llamando a nuestra puerta para ayudar y toparse con la sequedad de un terreno descuidado espiritualmente o con la dureza de un corazón soberbio que se aísla sin admitir ayuda ajena. Es más fácil pedir ayuda que abrir la puerta para recibirla. Lo primero puede ser una expresión de enojo o exigencia (¡exijo que se me ayude!, tengo derecho), determinando qué tipo de ayuda se quiere. Lo segundo requiere la humildad del que se sabe pobre y recibe con agradecimiento la ayuda que se le presta, sea la que sea.

Sin duda que la psicología es importante, y a veces le pedimos clarifique y solucione nuestros problemas, pero con frecuencia nos olvidamos del efecto psicológico que tiene una sana actitud espiritual, algo que además no cuesta tiempo ni dinero, aunque sí supone un cambio de actitud. Quien vive en humildad espiritual descubrirá que la solución que busca, que con frecuencia no pasa de ser un simple deseo de que desaparezca el malestar en el que se encuentra, en realidad no es tan importante. El humilde descubre la fuerza de su debilidad, una fuerza que está fuera de sí pero que termina haciendo suya, pues la gracia divina no se nos presta, sino que se nos da, actúa desde lo profundo de nosotros sin poder delimitar claramente su frontera. El humilde se sabe fuerte en el Señor y en la comunidad. Paradójicamente es su debilidad abrazada lo que le permite experimentar esa fortaleza. Es la actitud del que supo “obedecer”, escuchar la misteriosa voluntad del Padre, y se abrazó a una ignominiosa cruz que escondía la victoria del amor. Es más importante el caminante que el camino. No hay que pretender un camino sin obstáculos, sino ser un caminante que los sabe afrontar, sabiendo que

no está solo.

Si Dios es Dios, nunca nos podrá fallar. Si fallamos, quizá debiéramos preguntarnos dónde le hemos dejado. Santa Teresa decía que necesitamos una “muy determinada determinación”. Gracia y esfuerzo son dos realidades inseparables. Pretender seguir una sin la otra supone no llegar muy lejos y hacernos daño, sufrir “las penas del infierno” de la que nos habla Benito. Un infierno que nosotros solos nos vamos fabricando al haber errado el camino. Necesitamos caminar en la luz, nos dice. El camino monástica es muy esclarecedor al ofrecernos un trato continuo con la palabra de Dios y una prueba continua en la relación con los hermanos que permite conocer lo que hay en nuestro propio corazón. Ambas realidades nos muestran el camino a seguir, nos cuestionan el camino errado y nos ofrecen la fuerza que necesitamos a través de la aceptación humilde de nuestra realidad personal.

San Benito concluye su Prólogo diciéndonos qué pretende con la Regla que va a escribir: ***Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino.***

Lo que a San Benito le interesa es *constituir una escuela del servicio divino*. La palabra “escuela” nos evoca la idea de aprender. La vida del monje exige una actitud obediente de escucha porque necesita aprender. Quien ya sabe no va a la escuela. Quien lo tiene todo muy claro y se resiste a aprender de otros, quizá tenga el “carisma” de fundador y maestro que lo que necesita son discípulos que le escuchen y aprendan de él. La obediencia en San Benito no tiene un carácter “penitencial”, negador en sí mismo –aunque conlleve una renuncia-, sino que simplemente es la actitud necesaria del que escucha y desea aprender, recibir lo que la comunidad le transmite y que a su vez ha recibido, la “tradicación” (*traditio*) o enseñanza avalada por tantos siglos de historia como un camino saludable.

Es algo que va más allá de la mayor o menor razón que se tenga. Es una actitud del corazón. Cuando viene alguien con cierta edad al monasterio, ésa es una de las cosas que más le cuesta aprender. Normalmente se queda en lo exterior, en las razones que se tienen para que le manden esto o lo otro. Quizá busque la eficacia y observe que, sin duda alguna, él tiene más experiencia sobre lo que le mandan y lo sabe realizar con mejores resultados, por lo que no se ve obligado a someterse a otro que considera más inepto. O si es más inteligente e instruido, pensará lo mismo de aquellos que le enseñan, pues él ha leído libros más profundos y escuchado a maestros más famosos. Y quizá todo ello sea cierto, pero no podemos olvidar que nadie consigue engañar a otro si no le presenta la “cara buena” de la mentira que vende. No sólo se trata de tener más experiencia, de saber más o ser más habilidoso, sino que necesitamos hacer nosotros mismos también un camino espiritual, un camino del corazón y no sólo de la razón, del intelectualismo o de la destreza, un camino que pasa por la predisposición al aprendizaje.

La idea del monasterio como escuela donde el monje ha de ejercitarse y aprender los rudimentos de la vida espiritual que le encaminan hacia Dios es una idea muy extendida en la antigüedad. No sólo se aprende por lo que se recibe a través del oído, sino por el mismo ejemplo de los hermanos –sea positivo, para emular, o negativo, para prevenirnos-; por las relaciones fraternas que nos permiten conocer verdaderamente nuestro mundo interior a la hora de afrontarlas; por la dinámica diaria de la jornada que nos encamina a la armonización y unificación personal; por el clima de silencio que nos abre a la escucha orante y toma de conciencia de la presencia de Dios en nuestras vidas (*memoria Dei*); por la oración litúrgica que nos permite vivir la dimensión universal teniendo presente la realidad humana en su relación con Dios; por tantas y tantas cosas que nos dan la oportunidad de transformarnos según la forma de Cristo, sabiendo que “militamos bajo su estandarte”.

La “escuela monástica” (*schola claustralis* o *Paradisus claustralis*) se presentaba en la

Edad Media como algo existencial, como algo ligado a la vida concreta, que implicaba a toda la persona, diferente de la “escuela clerical” o catedralicia que, siguiendo la tónica de las universidades, buscaba una formación más teórica que existencial, interesándose más por la especulación teológica sobre Dios que por “saborear” a Dios en la escucha de su palabra y en la transformación del corazón según ella, distanciando la doctrina de la vida.

San Bernardo hizo notar las diversas motivaciones que se pueden tener ante el aprendizaje teórico propio del estudio:

1. Para saber, lo que es simple curiosidad
2. Para que se sepa que se es sabio, lo que es vanidad
3. Para vender la sabiduría, lo que es una especie de simonía
4. Para edificación y aprovechamiento de sí mismo, lo que es humildad
5. Para edificación y provecho de los demás, lo que es caridad.

El monasterio debía ser una escuela donde aprender de forma “sapiencial”, acogiendo y meditando el misterio de la fe, y un lugar donde el monje se compromete en la búsqueda de Dios para alcanzar la experiencia divina y la libertad personal. Es una formación que debe abarcar toda la persona, no sólo la inteligencia, anteponiendo la sabiduría a la ciencia. Se trata de un aprendizaje sistemático en el camino espiritual, donde se emplearán unos modos o *arte espiritual* que van a configurar la disciplina del claustro. Lo único que se pide al principiante es gran docilidad y disponibilidad. Los cistercienses se negaban a separar la enseñanza de la vida, se niegan a considerar el valor objetivo del saber independientemente del hombre que lo posee.

Los monjes se referían al monasterio como una escuela, pero con diversas matizaciones (escuela de Cristo, escuela del Verbo, escuela del Espíritu Santo, escuela de caridad, etc.). San Benito se refiere a él como una escuela del *servicio divino*. En el contexto monástico bien sabemos que esto es mucho más que realizar una liturgia digna. Lo que se pretende está en la línea de lo dicho poco antes en el Prólogo: servir en la milicia de Cristo, ser verdaderos discípulos del Señor, es decir, está en la línea de un aprendizaje existencial y sapiencial.

Todo aprendizaje en la escuela lleva su tiempo y exige un esfuerzo. San Benito nos avisa de ello: ***Al organizarla, esperamos no tener que establecer nada duro, nada oneroso. Pero si alguna vez, requiriéndolo una razón justa, debiera disponerse algo un tanto más severamente con el fin de corregir los vicios o mantener la caridad, no abandones enseguida, sobrecojido de temor, el camino de la salvación, que al principio debe ser forzosamente estrecho.***

San Benito no pretende “maltratarnos”, no busca el sacrificio por el sacrificio. Más todavía, intentará no proponer nada duro u oneroso, aunque sí que será exigente en lo necesario.

En una ocasión me decía una adolescente que le habían comentado que en algunos sitios las personas religiosas se golpeaban con cuerdas, y me preguntaba que si nosotros lo hacíamos también. Inmediatamente me vino a la memoria la “disciplina” que vi usar en esta casa cuando entré y que se suprimió pocos meses después. También me encontré en un cuarto-museo diversos tipos de cilicios, etc. Ciertamente que todo eso ha tenido un halo de entrega generosa, de religiosidad más decidida, pero ya los monjes del desierto ponían sobre aviso del peligro de soberbia que conllevaban. De hecho el mismo San Pablo se refiere a ello de alguna forma: *“No tomes, no gustes, no toques” se os dice. Pero todo está destinado a perecer con el uso, pues son prescripciones y enseñanzas de hombres. Tienen cierta apariencia de sabiduría por su aire de religiosidad, de humildad y de mortificación corporal, pero no tienen valor alguno, sólo sirven para satisfacer la carne* (Col 2, 21-23).

En la RB no encontramos nada de eso. No hablan de ello ni la Regla que seguimos ni los estatutos y documentos de los primeros cistercienses ni los actuales, pero a pesar de eso los monjes sí que lo llegaron a utilizar. Obviamente se trata de algo cultural, influencia de una devoción exagerada a la pasión de Cristo y ajena a la tradición monástica más antigua, si bien ésta sí que empleaba otros medios que iban directamente a combatir los vicios y dominar las pasiones. En ellos quiere San Benito que nos centremos, pues son tan silenciosos y están al alcance de todos que no nos ofrecen motivo alguno de vanidad, al mismo tiempo que nos hacen vivir en la verdad de nuestras vidas. La vida comunitaria es un lugar ideal para ello.

La humanidad de San Benito se hace visible en toda su Regla. Es consciente de la debilidad humana, aunque no por ello evita el esfuerzo. Vemos que no pide cosas absurdas ni penitencias afectadas, sino que se limita a exigir un verdadero seguimiento del Señor Jesús, luchando contra el pecado y todo lo que nos puede alejar de él. No se trata de hacer cosas para poder contabilizarlas en nuestro favor, ni de una simple gimnasia espiritual que nos conduzca a un estado de armonía interior. El esfuerzo que se nos pide tiene una única meta: el seguimiento del Maestro viviendo el evangelio. El deseo de ese seguimiento pone en el centro la figura misma de Cristo abriéndonos a una relación con él muy peculiar. La actitud del corazón facilita la vivencia de las cosas duras y ásperas que puedan aparecer, relegándolas a un segundo lugar como consecuencia del amor buscado. Cuando ese amor no se da, el esfuerzo puede resultar tan titánico como estéril.

Bien sabe el santo patriarca que en ese camino vamos a sentir el cansancio, e incluso que nos podemos desanimar ante la exigencia que supone la lucha contra los propios vicios y el trabajo por vivir en un verdadero amor fraterno. Ante eso nos pide confiar, no soltar las manos del arado, sabiendo que lo que al principio resulta penoso, luego se hace más llevadero: ***Más, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios.***

Sin duda que la vida diaria, la relación con las personas que nos rodean, el trabajo que debemos realizar, nuestra situación personal, todo eso tan concreto es lo que puede aparecer como áspero y penoso. Eso, y no aquello que no existe, por mucho que nos digamos que es lo que debiera ser. Centrarnos en lo concreto de nuestra vida, abrazarnos a ello, afrontar todo desde la luz del evangelio, es mucho más realista que las asperezas que nos podamos inventar y que siempre son elegidas por nosotros de forma calculada. San Benito nos anima a ser realistas en nuestra vida, y tanto más realista cuanto más espiritual se sea. Caminando decididamente en esta línea las cosas terminan no costando tanto porque no dejamos que nos aplasten, ya que siempre estará vivo dentro de nosotros el motivo que nos lleva a afrontarlas, el amor que da sentido a nuestra existencia.

Nos asegura también, como hará el mismo Señor, que las cosas no son tan difíciles si “descansamos en Aquél que es manso y humilde de corazón”. El mal padre evita las dificultades a su hijo. El buen padre no se las oculta, sino que le da las claves para afrontarlas. Por eso concluye diciendo: ***De este modo, sin desviarnos jamás de su magisterio y perseverando en su doctrina en el monasterio hasta la muerte, participaremos en los sufrimientos de Cristo con la paciencia, para que merezcamos compartir también su reino. Amén.***

La perseverancia es la mayor fuerza que tienen los débiles. Es la gota continua que termina perforando la roca. Esa gota que algunos piensan que es aburrida, como lo puede parecer la vida rutinaria, especialmente la monástica. En una cultura atraída por el continuo cambio, las nuevas experiencias e ideas, la sobreabundancia de noticias,..., puede resultar difícil de entender la labor necesaria de la gota que cae lenta, pero constantemente. A veces corremos y a veces nos sentamos, pero quien persevera en el camino termina llegando. Quien corre

mucho al inicio pero se aparta del camino, ¿cómo llegará a la meta?

San Benito nos pide perseverar, no sólo asentarnos. Se trata de perseverar haciendo un camino, es una actitud dinámica, no quedándose anclados en un espacio como una estaca clavada en el camino. No es la perseverancia de un mueble la que él quiere. Se trata de perseverar viviendo según la doctrina del Maestro y dejándose hacer por los momentos difíciles que nos permiten “participar de los sufrimientos de Cristo”, asemejándonos a él aún en eso con suma paciencia. Esos sufrimientos que nos trae la vida y que Cristo supo ver como la misteriosa presencia de la providencia divina, lo que él llamaba la voluntad de su Padre. Podemos pensar que su obra redentora tenía unas connotaciones más profundas, pero sin duda alguna que nuestra participación en la obra redentora de Cristo pasa precisamente por nuestra actitud frente a lo que nos toca vivir. No se trata de buscar el sufrimiento, sino de no rehuirlo. La vida comunitaria nos da múltiples oportunidades de vivir esa providencia divina con la fatiga del sufrimiento que nos purifica, con el gozo del amor fraterno que nos anima y con la perseverancia confiada que nos orienta siempre a Aquél que nos ha llamado. A fin de cuentas no nos pertenecemos. Quien ha quemado las naves sólo puede mirar hacia adelante, su vida ya fue entregada. Olvidarnos de ese paso fundamental ya dado conlleva discursos mentales que nos confunden.

Todos sabemos que los amigos son probados en los momentos difíciles. El éxito atrae a muchos interesados que marchan con la misma rapidez cuando cambia la suerte. Quienes han permanecido con nosotros en los momentos difíciles son los amigos de verdad, y con ellos estamos dispuestos a compartir lo mejor de nosotros. En esta línea concluye el Prólogo diciendo: *para que merezcamos compartir también su reino*. Un reino, por lo demás, que ya ha comenzado. Somos testigos de que el infierno o el cielo en nuestras vidas depende mucho de nosotros, de cómo afrontemos nuestra realidad y desde dónde lo hagamos. Sin duda que hay vidas muy probadas, pero para no estar esperando una situación que quizá nunca llegue a ser una realidad en nuestras vidas, más vale que aprendamos a acoger lo que se nos ofrece ahora. Acogiendo eso como al mismo reino de Cristo vamos alcanzando la libertad interior: libertad ante las propias pasiones que nos atan; libertad ante el amor que se nos ofrece; libertad que nos da el vivir en esperanza, esa esperanza que nos impulsa a perseverar confiadamente.

Este final del Prólogo de la RB está lleno de antítesis y de paradojas. Se habla de vida y de muerte, de felicidad y de sufrimiento, de dificultad y de facilidad. Sin duda que es el lenguaje del amor, ¡tan lleno de luchas y conquistas!, ¡tan lleno de penas y alegrías! Digamos con San Benito ese “amén” que está dispuesto a aceptar lo que recibe con la mirada lúcida de los que viven desde la fe.